



Secuestros que no se castigan

Dos Hojitas extraordinarias

Hay que responder á todos los movimientos de opinión.

Y como el 2 y el 16 de Octubre van á celebrar manifestaciones en toda España nuestros queridos correigionarios los católicos, debemos contribuir al buen éxito de su patriótica propaganda, añadiendo alguna «Hojita» á las muchas que ellos repartirán.

Con este motivo, desde el día 25 tendremos á disposición de nuestros amigos y de nuestros corresponsales dos «Hojitas extraodinarias; la una titulada: «¡Hijos del Papa, á manifestarse!», para repartirla en todas las poblaciones donde se celebre manifestación; y la otra titulada «Al Aplesch», escrita en catalán, para aquellas en que se habla este idioma.

Como el día 2 está cerca, recomendamos que lleguen pronto los pedidos.

¡A las izquierdas! (¿?)

La prensa de respunte liberal empieza á clamar y proclamar la necesidad de agitar las izquierdas, á fin de contrarrestar las exhibiciones de fuerza á que se entrega el clericalismo.

Para que la opinión libre española se diese cuenta de la necesidad del llamado bloque de las izquierdas, fue necesario que Maura entronizase en España el monstruo inquisitorial con todos sus apetitos carnívoros.

Es menester recordarlo.

Entonces se habló de *bloque*, se predicó el *bloque*, y aun por el lado monárquico se puso al frente Moret, que requirió, con inusitada valentía, el concurso de los partidos radicales, no sin provocar un cisma en las huestes liberales monárquicas.

Las invitaciones de ahora asemejanse como un huevo á otro á aquellos clamores de entonces.

No negaremos la justicia de estos deseos de la prensa liberal *simple*: quizás hoy, más que dos años atrás, proceda la alarma de la opinión liberal; porque entonces el clericalismo parecía menguar la nación por sola condescendencia de Maura y por apatía del partido liberal. Hoy, en cambio, aunque alejado aparentemente del gobierno, el clericalismo ha adquirido pujos tales, que ya no se contenta con gobernar por condescendencia de los conservadores ni

merced á influencias extrañas á la vida nacional, sino que se apresta á exigir el poder y á imponerse á los gobiernos *por derecho propio* y por la fuerza de sus puños.

De aquí el cambio notable de los obispos y de los jefes clericales: no son ya los cortesanos rastreros, mendicantes de favores que con sus capisayos barrián las escaleras de los ministerios: son los dueños altivos, los cabecillas impetuosos, que hablan con irreverencia al Estado, que desafían la corteja de los tribunales, que hostigan al ejército liberal y que preparan un asalto en forma para época no lejana, en la cual Maura dejaría de ser el protector para convertirse en mero alguacil de la Santa Iglesia.

Quizás hoy más que entonces ha de armar el *pujo clerical*; quizás hoy más que entonces haga sentir su peso sobre el gobierno; quizás Canalejas haya tenido que trocar y esté trocando en sucesivos momentos á la imposición, lo que Maura rendía por arbitrio; quizás exista hoy más clericalismo que entonces. El sevil se ha hecho procaz; el tímido, osado; el mendigo, exactor; el suplicante, amenazador y perdonavidas.

Lógico parece, pues, levantar el bloque de las izquierdas contra este desfrenado reaccionario; empero, en el intento de año hay lecciones que no deben olvidarse.

¿Qué objeto va á tener el bloque? Si se trata solamente de contener el nuevo entronizamiento del clericalismo en el gobierno, lejos de apoyarlo, lo desbarataría si pudiere. Porque á la vista está que un gobierno reaccionario, brutal, soez, es decir, clerical sin tacha, habría de ser efímero, levantaría contra sí las piedras de la calle y podría provocar en el espíritu popular la reacción necesaria para raer de una vez la lepra católica del suelo de la patria. La experiencia ha demostrado que el pueblo español, para despertar de su sopor, necesita los botones de fuego del maurismo; y en tal caso, el liberalismo monárquico sólo sirve para impedir estos cauterios saludables y para anestesiar con mentidas esperanzas la sensibilidad nacional.

También ha demostrado la experiencia que entre los peticionarios del bloque son muchos los que buscan, no el avance nacional hacia la libertad redentora, sino el disfrute de las prebendas del gobierno, patrimonio de los partidos turnantes.

Y en tal caso, al pueblo español le da lo mismo que ayunen los conservadores ó los liberales; resultan ser los mismos perros con los mismos collares.

¿A qué viene, en definitiva, este nuevo clamoreo: á retener en los demócratas de percal el usufructo del poder, amenazado por el bloque de las derechas, ó á dar la puntilla al clericalismo?

Si es para lo primero, los partidos radicales deben cruzarse de brazos ante los clamores oficiosos de un gobierno que nada ha hecho que no pueda llevar

la firma de Maura, ni nada que merezca la firma del Canalejas radical.

Si es para lo segundo, preséntese claro, fijo y terminante el plan de ataque y acredítese con hechos la sinceridad de las promesas.

Vengan aquellos *Decretos* ofrecidos para durante las vacaciones de las Cortes; vengan los secretos de las negociaciones del Vaticano; aplíquense á los obispos las leyes con el rigor que señalan los Códigos; procédase, á la manera maurista, contra los clericales perturbadores del orden; empien esos periódicos por romper el silencio con que velan la iniquidad del templo.

Y entonces yo seré el primero de proclamar la urgencia del bloque de las izquierdas recordando á sus jefes la necesidad de acudir con todo apresto á la batalla decisiva.

E se non, non.

La profecía de Moret

Y dijo Moret:

Los obispos se ríen de los gobiernos anticlericales.

Ríense de las banderas radicales.

Saben que no ocurrirá nada.

Que continuarán cobrando pacíficamente sus sueldos.

Que seguirán tiranizando al clero y al pueblo.

Que gozarán la inmunidad para sus chanchullos.

Que el clericalismo saldrá robustecido.

Que podrán *ciscarse* en lo de arriba y en lo de abajo y en lo de en medio.

¡Y tuvo razón!

Ocho meses de gobierno radical lo acredita, dando testimonio de ello la cruz postiza de madera de la capilla evangélica.

CANALEJAS entre tiros y troyanos

En tanto que los clericales arrecien en la campaña de difamación contra Canalejas por sus «dichos» anticlericales, los anticlericales de España y de fuera arrecien en los ataques contra él por sus «hechos» clericales.

La amenaza incumplida tiene estos inconvenientes: irritar al amenazado y al que esperaba el cumplimiento.

De lo que comienza á ocurrir fuera de España nos trae un ejemplo «El Tiempo» de Milan en un razonado y severo artículo, fundado sobre hechos indiscutibles.

Este indicio de reacción de la opinión extranjera viene á confirmar nuestras profecías y nuestros temores que el tiempo hará pronto irreparables.

Frente á la tormenta que sus vacilaciones están creando, nosotros no vamos á condenar en definitiva al señor Canalejas, entregándolo indefenso á las furias clericales; pero hemos de lamen-

tar que nuestros deseos de defenderle de la virulencia clerical se vean agitados por el relente del húmedo amanecer diario del gobierno, que deja un gran desfalte entre las columnas del «Debe» de las promesas y el «Haber» de los hechos.

Lástima grande que el Sr. Canalejas no procure merecer mejor los ataques del quisquilloso Vaticano, y con ellos la calurosa defensa que de él desearían hacer los espíritus avanzados. ¿Por qué no despierta con arranques de viril gobierno radical, los entusiasmos que encendieron sus promesas y que van amortiguando las cenizas de su conducta?

Tome arrestos el jefe demócrata, justificando su título confesional, y déjenos á nosotros la tarea de responder por él á los clericales procaces, cuyas lenguas iremos arrancando y frenando hasta imponerles silencio eterno.

Mejor empleado que en deshacer diatribas clericales, sería su tiempo y su trabajo en realizar sus bellas promesas sin arredros femeninos y sin vacilaciones.

Medios tenemos sobrados para acallar de un golpe los ladridos de la jauría clerical, y de amordazar los perriños que á su paso lanza de propósito el Vaticano para irritar sus nervios y distraerle de mayores atenciones.

Desprecie esos ataques y felicítese de ellos el Sr. Canalejas; y en vez de llorarlos, llora con lágrimas de sincero arrepentimiento no haberlos merecido.

No se entretenga en dar zurriagazos y en lanzar pedradas á los perros ladrones; guárdese del mordisco que ha de venirle por otro lado. Que si así lo hiciere, nosotros le daremos el secreto para imponer silencio á tanto desenguado.

¿Otra vez la guerra?

Se acentúan hasta la gravedad los rumores de una nueva «acción policiaca» en el Rif, que habrán de sostener con sus vidas nuestros soldados.

Ni ahora, ni antes, estas guerras responden á interés alguno nacional, en lo cual somos tan competentes jueces nosotros como los Sres. Maura y Canalejas, que pretenden poseer una inspiración del Espíritu Santo profético tan averiado como el de Roma.

El pueblo español no quiere guerras, sino paz; no quiere aventuras, sino honradez administrativa; y si se le quiere arrastrar á la guerra para servir á fines particulares y á empresas de mercaderes, cuando se dé cuenta del abuso de que es víctima, en vez de llevar los hijos al Barranco del Lobo, sería posible que los dedicase á cazar los zorros que se ocultan en el Gurugú de la política nacional, embozados con la traidora capa de un falso patriotismo.

Desde luego debe considerarse como reo de traición al pueblo democrático el Gobierno, si intentase provocar la guerra antes de declarar obligatorio el servicio militar, y antes de hacer la recluta general del nuevo servicio.

¡A las armas los millonarios, los frai-

les y los hijos de caciques! Allí, en el campo de batalla, se prueba el patriotismo, no en las gazaperas oficinescas.

¿Y á qué viene la guerra?

¿A conquistar nuevos territorios en tanto que dejamos baldíos los de la Península?

¿A buscar minas, mientras están sin explotar las que tenemos en casa?

¿A derrochar millones, estando entrapados hasta la nuca?

¿A adquirir colonias, cuando vendimos por un plato de lentejas los archipiélagos de Carolinas y Marianas?

¿A civilizar el pueblo árabe con el 80 por 100 de nuestros analfabetos?

¿A enseñarle la cultura de nuestros apaleamientos policacos y de los fusilamientos de Montjuich?

¿A buscar nuevas explotaciones para los frailes, nuevos negocios para los agiotistas, nuevas primas para los comisionistas de atascos, nuevos Barrancos del Lobo para nuestros soldados, y á crear nuevos conflictos á esta desdichada nación, cuyos gobiernos viven pendientes de un hilo?

Sí. ¿A qué viene la guerra?

Y todo esto, suponiendo que en el Rif las toman y no las dan; suponiendo que en este año los moros, á quienes hemos de levantar contra nosotros, no hayan aprendido á armarse; suponiendo que España no tenga ningún enemigo que facilite armas y municiones á los adversarios; suponiendo que el sultán continúe la farsa de la embajada; suponiendo que Turquía (que acaba de declarar súbditos turcos á los tunecinos y argelinos) no declare súbditos á los moros; suponiendo que las cañas no se vuelvan lanzas; suponiendo que los carlistas no aprovechen la guerra exterior para provocarla en el interior; suponiendo que las potencias extranjeras nos prodigan sus aplausos; suponiendo, en fin, que hallaremos tomas sin dadas.

Supuesto todo esto, ¿á qué viene la guerra?

Que es fácil hallar en el campo moro algunos perdidos que ataquen nuestro campamento y nos *ultrajen*, á instancia nuestra, para darnos el gustazo de ponernos la venda *patriotera*, eso ya lo sabemos. Lo que ignoramos es el final que pueda tener una nueva aventura.

El acta de Algeciras prohíbe la anexión de territorios en Marruecos; ¿qué vamos, pues, á ganar, y qué es lo que dejamos de perder de cuanto pongamos?

No se hable de pactos secretos ni de invasiones impunes; la dignidad nacional prohíbe estos medios, propios de Estados sin derecho.

Falta sólo esto: que Canalejas se dedique á cazar *moros* en Marruecos de-

jando los judíos romanos saquear la nación.

Sería de ver, para ver la más estupenda de las caídas de un político desde la cumbre de los principios democráticos, al abismo de un Borgia de menor cuantía.

ENTRE MOROS Y CRISTIANOS

Dicen los rifeños que vamos á tener guerra con los *moros* de África.

Dicen del Vaticano que vamos á tener guerra con los *cristianos* de España.

¿El Papa aliado del Sultán contra una nación católica? No es la primera vez. La Santa Sede no puede ya ser original. Agotó el repertorio de las intrigas.

Unas veces pacta con Dios para derrotar al diablo. Otras veces pacta con el diablo para derrotar á Dios.

Menudo trabajo espera al ejército español: de un lado Mahoma, montado en los cuernos de la luna; de la otra el señor Santiago y José Aguirre con el caballo blanco.

Esto sí que son dos barbaries.

¡Pobre Canalejas! De esta no te escapas. Los dioses te ma dicen.

De Oriente la cruz de Constantino, que invita al nuevo Juliano á exclamar:

—¡Venciste, Galileo!

Del mediodía la media-luna con el rótulo:

—¡Alá es grande!

En el Norte los belgas levantando monumentos en que escriben:

—¡Ay de los encubridores de los asesinatos de Ferrer!

A Poniente, Portugal gritando:

—¡Viva la República!

¡Pobre Canalejas!

Nada más llegar al poder perdió en Valencia la virginidad de la efusión de sangre.

En Bilbao ha perdido la virginidad de las garantías constitucionales.

Sólo una virginidad le queda: la *clerical*, limpia de polvo y paja.

Al caer, los frailes llevarán azucenas á su sepultura y le cantarán misa de angel con caja blanca y corona de lirios y rosas.

APRENDA CANALEJAS

Para llegar á la soberanía temporal tan ansiada, los papas tropezaron con dos obstáculos poderosos: el influjo del imperio griego, restaurado en Roma y en las provincias del Exarcado, y los esfuerzos perseverantes de los reyes bárbaros para hacer de Italia una nación fuerte y homogénea, concentrada bajo una sola mano. Exterminados los hérulos, destruido el reino de los godos y la obra del gran Teodorico, y reducido á un poder nominal el emperador griego, todo el esfuerzo de los papas volviéndose contra los lombardos, que habían recogido la herencia de aquéllos,

y que durante doscientos años laboraron para fundar la nacionalidad italiana, lo cual habrían conseguido sin la tenaz oposición de los pontífices.

Los papas tuvieron apoyo en los francos, y sobre todo en la Casa de Meristall, que gobernaba el Estado de hecho bajo el reinado de los últimos Merovingios. El pontífice Zacarías ordenó á Pipino que tomase el título de rey de los francos, y ésta fué la primera corona que la mano de un Papa puso sobre la cabeza de un ambicioso, el cual pagó después la fineza regalando al Papa Estados y provincias que no eran suvos, sino del imperio griego; regalos que después amplió Carlomagno.

Los pontífices medrosos de las catacumbas y aduladores serviles de los francos, se convirtieron después en la figura arrogante de Gregorio VII, que aspira á todo trance á la monarquía universal, y escribe á los reyes como vasallos, y reparte reinos á su capricho.

A los Condes de España les escribe: «No ignoráis que el reino de España, desde los tiempos más remotos, es propiedad de San Pedro, y que pertenece todavía á la Santa Sede y á nadie más, aunque esté en manos de los paganos; porque lo que una vez ha entrado en la propiedad de la Iglesia, nunca deja de pertenecerle.»

Con la misma arrogancia se dirige al rey de Francia, amenazando derrocarlo; al rey de Hungría le dice que mientras no reciba su reino como feudo de la Santa Sede, su reinado es falso é ilusorio; al rey de Dinamarca le confiere un nuevo reino; despoja del suyo á Demetrio de Rusia y se lo da á su hijo; distribuye á su capricho las coronas de Polonia, Hungría y Alemania; depone al emperador Nicéforo Botoniatas; hace pagar tributo á Wratislao, rey de Bohemia; crea el principado de Gaeta; induce á la condesa Matilde á una donación escandalosa, hasta que Enrique de Alemania, para defenderse á sí mismo, bajó al patenque y comenzó la lucha.

Así fué la Iglesia en todas partes, y siguió siéndolo mientras la dejaron la eterna acaparadora de las riquezas terrenas á cambio de hipotecas sobre el cielo, del que disponía á su antojo y distribuía al mejor postor.

España, durante la monarquía goda y visigoda, se vió emancipada de la tutela romana; los reyes godos erigían y restauraban las sillas episcopales, no tiraban y depusieron obispos, convocaban concilios, etc., no impetrando más aprobación de sus decisiones que de la Iglesia primada de Toledo, hasta que la política dplorable de Alfonso VI dió entrada á los abusos pontificales.

El asalto de Roma por las tropas imperiales de Carlos V, la prisión de Clemente VII y el gran rescate que se le exigió por su libertad, patentizan que en España el papado no tenía raíces honrras, y fué causa de que se estableciese *regnum ex quoitur* para las lutas pontificias.

Ya Fernando V, á principios del siglo XVI, en carta fechada en Burgos, repone solemnemente al virrey de Nápoli: «porque no habia hecho prender y ahorcar al nuncio del Papa en el mismo momento de presentarle un breve deprecativo para la autoridad real. Eso el rey católico.»

Las Cortes de Madrid, á principios del siglo XVII, daban á Urbano VII que

las ovejas del rebaño de la Iglesia española ya no podían dar más de sí, y que bebían el agua por su dinero, no estando dispuestas á seguir siendo tan vilmente explotadas.

Felipe II cortó toda correspondencia con Roma, embargó las rentas de la cámara apostólica, despreció los breves de Paulo IV y desterró al nuncio de Gregorio XIII.

Felipe IV escribió á Urbano VIII que si reconocía al duque de Braganza como rey de Portugal, lo trataría como enemigo del Estado.

Felipe V arrojó de España por perfidia al nuncio de Clemente XI.

Carlos III y Carlos IV tampoco temieron á la arrogancia de los papas, y el último ordenó á todos los prelados de sus dominios que estuvieran á las resultas de lo que él resolviese acerca del sucesor de Pio VI.

Si Canalejas se inspirase en esos ejemplos de reyes católicos, muy católicos, y respondiera á las insidias y las arrogancias del Vaticano al modo tradicional en España, dejaría en la historia patria un surco luminoso que permitiría leer su nombre á través de los siglos.

Mientras haciendo lo que hace, dentro de dos generaciones solamente sabrán que ha existido los que se dedican á enterarse de los sucesos menudos de la Historia y de los nombres que tomaron parte en ellos.

Ya que no por convencimiento, debería hacer algo grande por la noble ambición de pasar gloriosamente á la posteridad.

FRAY GERUNDIO

La España de los Merrys

Dos conflictos exteriores tiene España: el Vaticano y Marruecos.

Encargado del Papa contra España es un Merry; encargado de España contra el sultán es el otro Merry.

Encargado de ambos Merrys, hijos, es el Merry padre, que va de Roma á Melilla y á San Sebastián, unificando los trabajos aislados de ambos patriotas.

¿Podía saberse qué clase de sacrificios han hecho por España esos tipos, y cuáles son las ganancias fijas y eventuales que sacan por sus servicios y deservicios?

El padre Rojas

Señor gobernador civil de la provincia

Por las calles de la capital anda pidiendo limosna un venerable anciano, benemérito hijo de la Compañía de Jesús, que aportó al Instituto una fuerte dote siendo niño y que fué lanzado al arroyo sin un centimo, no siendo viejo.

Es indecoroso para la capital de la nación, vergonzoso para la Religión, jical del Estado, ofensa al buen gusto, y desdoro de la civilización, este espectáculo de ver á un ministro del culto ofi al sirviendo en las filas de la mendicidad.

La autoridad política tiene tomar car-

tas en el asunto, exigiendo del obispo que bajo pena de Entredicho obligue á los jesuitas á asistir á ese hijo suyo, despojado, incapacitado y envejecido. Y si no se pudiera recabar, désele una paza de escribiente, de vigilante de sacristías, de espía de los complots clericales, de censor de periódicos católicos, de cualquiera cargo que le permita dejar de deshonrar el uniforme oficial de ministro del Dios de la nación y de la Real Casa.

Y si esto no se consiguiera, propongo á los centros radicales que designen el número de individuos necesarios para constituir una asociación religiosa *ad hoc* que facilite al P. Rojas celebrar la misa en sus locales, inaugurando la Misa anticrítica, que será tan válida como la del obispo.

PAPA-LINERIAS

El Papa está malito. Está malito de gota, enfermedad de la que se vieron libres Cristo y sus apóstoles. Está malito de los disgustos que le causan los Herodes y Pilatos de España, Italia, Francia y Alemania, que pasan ante Su Santidad sin b-sarle la sandalia, lo cual es para el Pontífice tan doloroso como para Cristo lo fueron los clavos y la lanzada.

Los modernistas tienen también su partecita en la gota del Padre Santo de Roma. Es una gota modernista. ¿Para cuándo guardarán sus virtudes milagras los santos?

Se me ocurre una idea. Puesto que la *Unión* cura las enfermedades del cuerpo no menos que las del alma, *ex opere operato*, es decir, por virtud del mismo sacramento, ¿cómo no le administrarán un baño de aceite crismático? ¿Y cómo no le llevarán á la piscina de Lourdes? ¿Y cómo le dejarán repudrirse con su gota los cardenales, teniendo tan á mano los mil y un mejurges benditos?

Al tener noticia de la santísima gota, el arzobispo de Tarragona ha ideado convocar nuevos aplechs en todas las ermitas de la Iglesia tarraconense. Dada la perentoriedad del tiempo, que no permite muchas músicas, piensa decir en la convocatoria que todos los parrocos manden ensayar los cantares clásicos de la tierra parafrazeados por Collet:

«Clerical bum-bum,
posa oí, posa oí,
clerical bum bum,
posa oí á n'el dum.»

«Ploreu, ploureu, ninetes,
que 'l Papa está malat;
está mala: de gota
y 'l ventre li fa mal.»

para que los canten padosamente durante las regativas.

Las hijas de María, caerán á falta de otro mejor el consabido:

Cargol, cargol tren banya
que 'l ten pare es á montanya;
cargol, cargol tren v'ri
que 'l teu pare es al moli.

El Nuncio quiere ce'lebrar rogativas algo más divertidas, según vemos en la prensa diaria. Está preparando nada menos que una verbena.

Suponemos el programa de la función:

1.º *El veni-creator*, cantado por Julia Fons.

2.º *Couilloneries pienses*.—Letra del Reverendo Padre Rabelais; música de Papalini. Bailado por el cuadro pontificio del maestro Garzón.

3.º *Tota pu chra*.—Cuadros vivos, desempeñados por la bella Chelito.

4.º *Borgia s'amuse*.—Cuadros de movimiento y bailes reproduciendo los bailes históricos del Vaticano.

5.º *Ejercicios espirituales*.—Reproducción de las escenas de Alcalá entre San Ignacio, la Flora y sus compañeras.

6.º *Biblicas*.—Pantomima de Lot y sus hijas, cuadros del *Cantar de los cantares* y apoteosis de las principales escenas de los conventos molinosistas.

7.º *Salomé*.—Degollación del padre Peters en el colegio de Chamartín.

8.º *Teresiana*.—Cuadros plasticos de las Oblatas de Ciempozuelos.

En los entre actos se confesarán los fieles, y al final habrá comunión general con bendición pontificia.

Terminada la verbena se celebrará un banquete con el siguiente menú:

Hors d'œuvre. Menudos modernistas á la jesuita.

Foie de Ferrer Guardia á la mallorquina.

Cuisse de Clemente García á la romana.

Cottelettes de El Motin roties.

Desserts

Rosquillas de Santa Clara, Cabello de Angel, Natillas de Monja.

Vinos

Lacryma Christi y *lacryma del padre Rojas*.

Licores

PP. Carujos, PP. Benedictinos, Salesiano, Carmelitano, Montserratino.

Tabacos

Fijipinos comillistas.

Entrada á la verbena: Precio de una bula.

Tarjeta para el banquete: Precio de dos misas y media.

Se instalará una venta de amoníaco para curar las borracheras, de aguas de Carabanchel para las indigestiones y un confesionario jesuita para absolver los yerros que los maridos padezcan durante la verbena.

En previsión de que el ciudadano José Sarto sea inscripto en el Registro

de defunciones del Municipio de Roma, los cardenales piensan nombrar papa á un cardenal yanqui, si el Emperador lo permite.

Y será el acabóse.

Rómulo Murri

Ha salido de Madrid para Lisboa el famoso leader del socialismo cristiano (no pontificio), Rómulo Murri, diputado italiano, excomulgado por el Papa y espanto del jesuitismo.

Ha encarnado en Italia el llamado Modernismo, que tan honda conmoción está produciendo en el clero. Contra él ha dirigido sus tiros el Vaticano, yendo hasta ahora de derrota en derrota, pues ve al pueblo pasarse á las filas del denodado campeón, dejando aislado de la simpatía popular aquel centro de prostitución cardenalicia.

Como quiera que nos hemos de ocupar más por extenso de esta campaña, nos limitamos á darle un saludo de despedida.

Su paso por España ha verificado en el silencio, síntoma indfectible del entusiasmo anticlerical de nuestras academias, ateneos y gobiernos. Pero sepa Murri que tiene una gran simpatía en la España que *trabaja y paga*, y que á su tiempo se manifestará, á pesar de la España chupadora, parasitaria y escéptica, que no es católica, pero es clerical.

UN DOCTOR MODERNISTA

Las escuelas sin religión

A fuerza de progresar, un nuevo deber reclama el interés de los hombres: es el deber de salvaguardar las victorias del trabajo humano y de la evolución social. Hasta hace pocos siglos los hombres, avasallados por el dogma, podían consagrarse por entero á salvar el porvenir que las distintas religiones, pródigas en esperanzas, brindaban á las almas con el obsesionante más allá.

Bastaba entonces esperar lo todo de la Providencia. Nadie tenía el deber de pensar en un porvenir más humano que, olvidando las remuneraciones trascendentales, consagrara á las generaciones futuras un esfuerzo ó una idea que redundara en su provecho. El dogma, arrastrando á los hombres fuera de la vida, limitaba el porvenir.

Era necesario emanciparse de esa sugestión y atenuar un poco su influjo hereditario, para que el hombre comprendiera la obligación de entregar á la acción fecunda de sus hijos el tesoro de sus conquistas y la indomable energía de sus esperanzas. De aquí el deber de cuidar nuestros progresos sociales y los triunfos de la libertad con el interés único que es condición de prosperidad para los destinos superiores de la vida.

Es preciso evitar con toda suerte de esfuerzos la reacción del instinto y de

las impulsiones atávicas que se deslizan por el plano inenarrable del dogma liberticida y de la mansedumbre infecunda. El porvenir de todos reclama, imperioso como una necesidad, que nuestras conquistas en la ciencia, y más que todo en la vida, estén salvaguardadas de las regresiones que nos acechan disfrazadas con atavíos que imitan como un estímulo, y que, al final de cuentas, provocan la conflagración pasional de los instintos inferiores.

Corresponde á la escuela garantizar el cumplimiento de este sagrado deber. Después de tantas caídas dolorosas y de tantas reacciones del mal religioso, los que aman la vida por sus futuras remuneraciones justicieras, que convertirán en realidad lo que hoy es esperanza, saben que el porvenir del mundo está en la escuela, que es laboratorio y taller de donde salen, al par que las ideas redentoras, los hombres que han de sembrarlas á todos los vientos con el entusiasmo de un amor desenfrenado de la vida.

No hay otro medio más eficaz y más seguro. La escuela, cobrando autoridad sobre el niño, es capaz de hacer, no el milagro, sino el loable esfuerzo de poblar la tierra de hombres responsables y con aptitudes para el trabajo, para el sacrificio, para la virtud. Pero la escuela que logrará un bien de tal modo trascendental, no es ni puede ser la escuela religiosa que subordina todo al absolutismo de un Dios y que dispensa á todos un pan espiritual amasado con la levadura del prejuicio.

Dios está demás en la escuela redentora del mundo. El miedo al más allá, la mansedumbre estéril, las caducidades de la voluntad con iniciativas que son negación del esfuerzo espontáneo, han hecho su época en la escuela con Dios. Los hombres, degradados en sus tesoros fisiológicos y psíquicos por una moral de sometidos, y por una educación que condenaba como satánica la rebeldía fecunda que amplificó magníficamente los horizontes de la vida, aspiran á otros medios para recobrar la soberanía de la tierra. Frente á la escuela del dogma religioso otra menos pretenciosa está erguida, dispuesta á arrebatarle, en nombre de la libertad, todos los privilegios que pusieron en peligro nuestro porvenir.

La escuela sin Dios, hija de la ciencia y de la libertad, cumplirá el deber de custodiar las conquistas del espíritu nuevo. Ella también cristalizará los bellos sueños de redención que son esperanza y porvenir. Nuestros antepasados, sometidos por inexorables influjos hereditarios á la servidumbre religiosa, han deformado el concepto de la vida pretendiendo modelarla bajo la impresión de una sensación mística. Las escuelas de Dios han completado la obra nefasta del prejuicio dominante, en los hogares contaminados por la sugestión religio-

sa. Por ellas los hombres han aprendido a considerar la vida como un mal necesario para recobrar el paraíso perdido... Para reintegrarse en la gracia enajenaron su libertad. Abdicando de los privilegios consagrados por su inteligencia, brindó a los farsantes que le prometieron la dicha eterna el sacrificio de su personalidad.

La escuela laica, la escuela sin Dios, tiene la suprema misión de combatir por la regeneración de los hombres degradados por la Iglesia, capacitándolos nuevamente para la vida completa. Infundiendo en todos los corazones el espíritu de rebelión, abatirá para siempre la servidumbre que aniquiló la voluntad humana, convirtiendo la tierra en un mundo de esclavos.

Felizmente la hora de la fecunda reacción ha llegado. Los hombres ya no tienen miedo a la perdición de sus almas... Un par de siglos de verdad y de lucha, han dejado tambaleantes todos los poderes del prejuicio social y religioso. Un siglo de escuelas sin Dios en las cuales vibre el evangelio de la justicia y de la virtud, bastarán para que nuestros hijos olviden el cielo mentido con que nos halagaron las religiones, consagrando al bienestar de la tierra.

Arrojemos, pues, de la escuela a los que invocan el nombre de Dios para comprometer el porvenir de la vida. Cuando el espíritu religioso ya no esté en ella, libres ya de sus amenazas y salvaguardados de sus reacciones, todos podremos rendir un grandioso homenaje a la transformación progresiva de los seres, sustituyendo el fantasma que entristeció nuestra infancia con la suprema esperanza del bien.

CELESTINO MIBELLI

Mella-Canalejas

El diputado carlista Vázquez de Mella, orador de ojos tapados para que el oyente no lea en sus pupilas la falta de convicción de lo que dice, ha arremetido contra Canalejas, presentándole como conspirador en favor de don Carlos VII y traidor a la causa liberal.

Canalejas responde dando un mentís al diputado, acusándole de formar parte de un complot de difamación.

La época de la conjura a que se refiere Mella es de 1896; siendo de extrañar que haya tardado catorce años en descubrir la impostura de Canalejas, perpetrada, a su decir, en un «modesto convento de Madrid».

Por nuestra parte invitamos al señor Vázquez de Mella a que nos responda a estas preguntas:

¿Es cierto que por los años de 1904 a 1907 el señor Mella frecuentaba un modesto convento de frailes próximo a la calle Fuencarral?

¿Es cierto que los frailes subvencionaban directa o indirectamente al señor Mella?

¿Es cierto que dicho convento era

centro de complot políticos clericales?

¿Es cierto que en uno de esos complots del año 1906 se acordó pretextar la celebración de un mitin carlista que promoviera un alboroto público, con el fin exclusivo de asinar a Canalejas y a otro personaje anticlerical?

El origen de los animales

Pretenden varios filósofos, y muchos que no entienden una palabra de filosofía, que el hombre camina hacia su perfección, que sus progresos morales o inmORALES son cada vez más sensibles y que desciende en línea recta del mono antediluviano.

Otros toman de más lejos la evolución progresiva, acusando al mismo Darwin de tímido en sus conceptos. Dicen que Darwin considera al hombre como producto de la selección exclusiva y puramente animal, siendo así que esa es la última etapa de la evolución. Estos filósofos atrevidos quisieran convencernos de que el hombre y el mono son de origen vegetal.

Para rebatir las aseveraciones de filósofos tan peregrinos, pudiera bastar la evidencia de su absurdo. No se concibe siquiera que nuestros eminentes hombres públicos, esos que tanto se distinguen por su elocuencia, por su entendimiento o por su capital, desciendan sencillamente de las matas o de los arbustos, del líquen o del musgo, de las zarzas o de los espinos. En tal hipótesis la humanidad primitiva no hubiera sido otra cosa que un inculto matorral.

La humanidad, lejos de haber progresado, va degenerando sin interrupción. El hombre no es descendiente del imaginario mono antropólogo, sino ascendiente del mono civilizado que aparecerá en el porvenir. Este porvenir se halla más próximo de lo que algunos piensan, pues ya son muchos los verdaderos monos entre los que todavía tienen apariencia humana, elocuencia, memoria, títulos y capital.

Tendría que ver un árbol genealógico empezado por un chimpancé y acabado en nuestros días por un caballero acaudalado; tendría que ver una familia con cien generaciones de guerreros y que hubiera empezado por un pino; tendría que ver una ilustre genealogía de lores que descendiera de rábanos. Todo eso es inverosímil, es insensato, es absurdo. Más racional sería la suposición inversa, pues hoy existen más de cuatro duques en visperas de crear una casta de gallinas, más de cuatro banqueros internacionales expuestos a engendrar una raza de culebras, más de cuatro decadentes cuyos nietos han de dar bellotas.

Hubiéramos podido, para desmentir esas teorías que nos suponen de procedencia animal y aun vegetal, decir que los italianos descienden nada menos que de Rómulo (buen tipo), los france-

ses de Vercingetórix y de Carlomagno (buen par de tipo), los españoles de don Pelayo, del Cid y del moro Muza, etc. Hemos preferido sin embargo remontarnos al común origen, recordando que todos somos hijos de Adán y de Eva.

¡Adán!... ¡Eva!... ¡Progenitores ilustres de la humanidad!... Mi espíritu se conmueve al invocar vuestros nombres, al evocar el recuerdo no perdido por la humanidad de vuestro fecundo paso por el mundo. El planeta en que vivimos se halla poblado por vuestra descendencia. Mis de mil quinientos millones de individuos conservan todavía vuestra memoria, que no perecerá hasta que Dios quiera. Todos sabemos que por siglos de siglos os hemos sido y os hemos de ser deudores de nuestros huesos y de nuestra sangre, de nuestros apetitos y de su satisfacción. El primer sudor que fecundó la tierra cayó de vuestra frente, las primeras lágrimas cayeron de vuestros ojos. Existen, es verdad, hijos ingratos y desnaturalizados que reniegan cínicamente de vosotros, que se dicen descendientes de alcornoques o del perezoso; pero esos monstruos son excepcionales. En general, nos reconocemos y nos proclamamos descendientes directos de vuestro linaje ilustre, pues la inmensa mayoría de los míseros mortales tenemos en el paraíso la casa solariega. Tampoco faltan en vuestra descendencia infames calumniadores, que al injuriaros se injurian a sí mismos; pero están en minoría y nadie les hace caso. De todos modos yo protesto indignado contra los que llevan su crítica sañuda a un terreno vedado y peligroso, como es la vida privada de Adán, Eva y Caín.

Yo os saludo con el pensamiento, ¡oh, Adán y Eva! tronco y raíz de la familia humana.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

Entierro civil

Hablando un periódico de la Coruña de un hombre que acaba de morir en aquella ciudad, dice:

«Con pródiga mano, socorrió siempre a los menesterosos, realizando la caridad como mandó el Evangelio, en secreto, sin ostentación, haciendo que ignorase la siniestra la limosna que daba con la diestra».

Y esta virtud tan poco común le había hecho acreedor al cariño de todos. Era requerido por cuantos carecían de trabajo y de pan, por cuantos eran atropellados, por todos los desvalidos.

Son muchísimos los ojos que le lloran, los corazones acongojados por su muerte.

Allí donde veía una injusticia, alzaba su voz pidiendo, exigiendo más bien, debida reparación. Los débiles, los perseguidos, los indigentes a él acudían seguros de que no les faltaría apoyo, de que una alma amiga compartiría sus sinsabores y les buscaría remedio.»

¿Era obispo el hombre que de tal manera obró en vida? ¿Canónigo? ¿Pá-

roco? ¿Fraile? ¿Católico convencido? No. Era republicano y anticlerical, y de los que no desmienten sus convicciones al morir, pues ha sido enterrado civilmente: era... D. José Monasterio.

Si hubiera sido algo de lo que antes apunto, no habría merecido elogio semejante, por que nada de lo que hizo hubiera hecho. Los católicos ensalzan esas cualidades, pero no las practican.

El sentimiento por su muerte ha sido general en la Coruña, y á su entierro acudieron personas de todas las clases sociales y de todos los partidos. El ilustrado periodista que firma con el pseudónimo *El joven Telémaco*, en *Tierra Gallega*, ha escrito con motivo de su muerte lo que copio:

«Con honda amargura, vamos viendo como sucumben los apóstoles, los propagandistas esforzados, los paladines valientes, los que tienen por programa de su vida el amor á la idea, el sacrificio por la libertad, la lucha por la emancipación de los de abajo, por el triunfo del progreso sobre los enemigos de la fraternidad humana, sobre los que buscan para sí los gozos á costa del calvario de los demás.

Uno tras otro, van sucumbiendo los que sembraron de flores el camino de la redención, los que dieron á la libertad una brillante aureola, los que recorrieron la ruta del color, recibiendo purzadas de espinas y cardos á cambio de la victoria del ideal que es la causa de los humildes, de los desheredados, de esa inmensa falange de hombres para quienes el derecho á la vida es un mito, algo así como una leyenda fabulosa.

Y estos golpes tan rudos azotan el alma, hielan el corazón, son el alquilón que nos despoja de las alegrías del vivir, porque no puede haber alegrías allí donde abre sus fauces la muerte para arrebatarnos de nuestro lado á seres tan queridos, á campeones tan heroicos, á hombres tan puros, tan sanos de alma, que parece que su fin en la tierra es volver por los tristes, por los desvalidos, por los que sufren persecución, por aquellos para quienes son un sueño los jardines floridos, los campos llenos de verdor y de frescura.

En torno del recuerdo que dejan esos hombres singulares, sacrificados en el ara del amor á la Humanidad, flota la armonía de una perfección que los espíritus estrechos y mezquinos no comprenden ni admiten, pero que un día llegará á ser realidad, realidad luminosa, esplendorosa, bañada en sol de justicia. Y esa atmósfera radiante debe confortarnos, y esa memoria debe guiar nuestros pasos por la senda de la vida; debe ser la estrella que nos dirija al oriente de la felicidad universal que brota de las ideas sentidas y propagadas por los héroes que sucumben con gloria, envueltos en la bandera que ha de flamear en los altos torreones y en elevadas cimas. No es sólo el recuerdo, la memoria, lo que dejan como sedimento de su vida de lucha; dejan también una estrella que debemos continuar, porque nos traza el rumbo de la tierra de promisión, de una tierra sembrada de amor y embalsamada por auras de libertad. Ellos nos legan una herencia que no puede prescribir; hay que recogerla y

acrecentarla; rendir un homenaje á los que fueron, jurando al pie de su tumba seguir luchando para vencer con honra...»

Enorgullece haber convivido en ideas con hombres que, cual Monasterio, son dignos de que se le dediquen esos renglones.

Otro entierro civil

Un republicano muy querido en esta casa y que tampoco ha traicionado sus ideas al desaparecer, ha sido D. José Díaz Rodríguez, ilustrado profesor de Instrucción primaria, muerto en el Ferrol.

Toda la amargura que se siente al ver que muchos de los que lucharon en vida por los ideales de justicia y progreso, ó faquean al morir, ó no toman precauciones para impedir que sus familias los deshonren, permitiendo á los curas simular una abjuración en los últimos momentos, cuando ya no se da el moribundo cuenta de nada, truoca en alegría al ver que hay quien permanece firme en sus convicciones y deja una familia que respeta su última voluntad.

Por esto, al par que doy el pésame más sentido á doña Antonia Tejeiro López, esposa de mi querido amigo Díaz, le envío el testimonio de mi admiración por haber respetado y honrado á su marido después de muerto.

CURITAS ESPAÑOLES: ¡APRENDED!

Los curas cesantes de Italia han dirigido al Papa una demanda colectiva de destino, y en caso contrario, una subvención que les permita *comer*.

Al propio tiempo reclaman que en cada obispado se establezca una caja de socorro para los cesantes.

En España esa caja existe: se llama el fondo de reserva. Los curas españoles pueden reclamar *ante los tribunales* el socorro debido.

El obispo que se niegue á ello es la *drón de los bienes eclesiásticos, según el Concordato* y según los *Cánones*.

EL BOYCOTAGE

Se dice que varias respetables señoras, obedeciendo á indicaciones de un tonsurado de eleva jerarquía, se habían determinado á romper las hostilidades contra los vecinos de Logroño que, ejerciendo honradamente su industria ó profesión, no militan en el campo del jesuitismo.

Y se agrega que, para realizar tan bólico propósito, estuvieron el día de la manifestación quietecitas en sus casas, atisbando tras los mal entornados balcones, y grabando en su memoria los nombres de los manifestantes para declararles guerra sin cuartel.

No lo creemos.

Y no lo creemos, porque nos imagi-

namos, respetables señoras, que si hubiéis estado en vuestras casas el día de la manifestación, á solas con vosotras mismas, en la penumbrosa habitación de balcones entorna los, viendo, mientras esperabais, cómo revoloteaban los corpúsculos por volientes en los atrevidos rayos de sol que osaron penetrar en vuestros gabinetes coquetones, santuarios donde recuerdos de otras edades tienen su altar, donde remembranzas de amores purísimos tienen su habitación, hubiéis desechado la idea diabólica de mortificar á vuestros semejantes recordando las palabras que vuestras propias madres aprendieron en el seno de la Iglesia para inculcaroslas á vosotras y que dicen, divinizadas por los labios de Jesús: «Amad los unos á los otros.»

¿Habéis meditado, buenas mujeres, en las consecuencias que pudiera acarrear la declaración del boycottage á un número determinado de vecinos vuestros? Seguramente no, y por eso vamos á permitirnos incitaros en tan necesaria incubación.

Escuchadnos. El coartarse para castigar en sus intereses á una ó más personas determinadas—esto es el boycottage—cuando no se hace en defensa legítima de intereses propios, constituye un delito, respetable doctoras, delito que tiene su sanción en el Código Criminal. Pero ¿quién osará hablaros de criminalidad, conociendo el hermoso fondo de bondad que atoráis, virtuosas damas? Hemos mencionado este carácter del boycottage sólo por empezar á haceros ver cuanta es la perversidad del procedimiento. Perdonad; no insistiremos en esta tacaña.

Haciendo el vacío en derredor de un comerciante, de un industrial, de un profesional cualquiera, se consigue desgajar rama tras rama el árbol florido de la fortuna. Los que puestos los ojos en el porvenir de la familia que crearon cumpliendo mandatos de Dios, laboraron día tras día y año tras año en la constitución de un pequeño capital que fuera base de la educación de los hijos y cubierta que resguardara la vejez de obligaciones premiosas, se han hecho acreedores al respeto social y han conquistado el derecho de consideración que merecen por su honradez, su constancia y su actividad.

Los que han llegado hace poco al terreno de la lucha por la vida, é inervado el organismo por la fiebre del trabajo batallan hora tras hora y minuto tras minuto por alcanzar en tan honrosa lid el pedazo de pan que ha de reponer sus gastadas energías, son dignos también de que los espectadores de estas luchas sociales les allanen el campo donde manobran y les supriman, si es posible, tropiezo y sinuosidades que pudieran dificultar sus laboriosos movimientos.

Figuraos por un instante, hermosas señoras,—y no hay adulación en el adjetivo, porque la senectud es hermosa cuando las facciones en que se encarna están presididas por la placidez emergente de un espíritu tranquilo y una conciencia sin remordimientos,—figuraos que los primeros comerciantes ó profesionales de que hemos hablado, fueran objeto de los burdos manejos del boycottage. ¿No os imagináis las consecuencias desastrosas de tan tremenda determinación? Sí; las mujeres sois

todo imaginación. Por esto se os sugestionan tan fácilmente.

Venid en alas de vuestra fantasía á presenciar el cuadro. ¡Mirad! Aquel viejecito que ya no llora porque secásteis la fuente de sus lágrimas, aquel ancianito temblón y decrepito que aun tiene fuerzas para mirar al cielo en súplica de que Alguien le explique la causa de sus desgracias, aquel septuagenario que á duras penas puede con su miseria, es el hombre honrado y trabajador que después de muchos años de desvelos y economías vió desmembrarse el fruto de sus ahorros por la artera disposición de la gente que un día le retiró su favor so pretexto de incompatibilidades políticas. Pero no se queja por él, amables damas, se lamenta por sus pobres hijos á quienes empujó la desgracia á situaciones bien deplorables. ¡Mirad! ¿Vís aquella muchacha de rostro pálido, ojos hundidos, donde el dolor por mero y la abyección después gravaron huellas de repulsivo realismo? Esa es aquella, la hija del ancianito, la delicada adolescente que, confiando en la buena suerte del padre, vivía descuidada, atenta á los caprichos de la moda, asistía concurrente á los oratorios almidonados donde alternaba con vuestras hijas que hacían la misma vida... ¡Qué horror! ¿verdad? Es ella, la señorita entonadita, la hija del comerciante «boyceotado», la que al ser víctima inopinada de salvaje represalia, hubo de fuchar primero por mantener su lujo, luego por mantener su cuerpo, y ahora, vedla, ahora por mantener su salud, salud quebrantada por el ajeteo del placer, por los zarpazos del vicio, por las sangrías crueles de la miseria...

¡Ah, pobres mujeres! Os he enternecido; quizás os he hecho verter una lágrima en recuerdo—es curioso—de lo que no ha sucedido todavía. ¿Verdad que no hay derecho á labrar la desgracia de nadie?

Mirad; mirad el caso del que empezó á luchar por la vida y hubo de retirarse maltrecho y desconfiado al dar sus primeros pasos en el camino honroso del trabajo.

¿Lo véis? El es fuerte, es vigoroso, es de contestura atlética. Camina receloso, como si estuviera sintiendo el escozor del latigazo que le propinasteis y temiera recibir otro y otro... Camina como si quisiera que su cuerpo se confundiese con las sombras de la noche. Fíjase en sus ojos. A través de sus pupilas brotan fosforescencias. Parecen luces fátuas; son fuegos del espíritu engendrados por el rencor, por el odio... ¿Lo habéis visto? Se ha parado junto al quicio de una puerta. Mira en su derredor... se agacha... deja un bulto en el suelo... ¡huye!

¡Ah, pobres mujeres! Corred, si tenéis valor. Vuestros hijos pueden pasar cerca del misterio o envoltorio... No perdáis un instante... Puede explotar aquello, aquello que está lleno, repleto del odio que inconscientemente acumulasteis en el corazón del atleta sin trabajo, y puede causaros un sufrimiento de dolores eternos, de remordimientos inacabables. ¡Corred!...

Pero no, santas mujeres. Estad tranquilas. Refrenad vuestra rápida fantasía. Aquí no ha pasado nada ¿lo véis? Nada. Vuestros extremados celos por el jesuitico catolicismo os habían empujado á olvidaros de que sois cristianas.

Sois cristianas, buenas mujeres, y á vuestros labios acude y de ellos fluye, como el licor meloso del cáliz de los claveles, las divinas palabras del Hijo de Dios: ¡Amaos los unos á los otros!

Progreso Riojano

¡Hermoso artículo!

Enseñanza laica

En los primeros días de 1909 una carta anónima denunciaba al procurador del rey en Acqui, actos gravísimos é infames de liviandad cometidos por el cura José Ariotti, que habitaba en Nizza-Monferrato. Uno de ellos habíalo realizado en una niña, hija de su ama Margarita Degrandi.

Formado proceso, en Marzo del año corriente fué condenado á veinticuatro años y tres meses de reclusión, conjuntamente con su ama, que lo fué á trece años y cuatro meses.

Como era rico y estaba en libertad, huyó á Francia, refugiándose en Nizza Marítima con la Degrandi, de donde escapó al poco tiempo, por haber sabido que habían descubierto su residencia. Y por esos mundos ha andado hasta Julio, que ha sido aprehendido, ingresando en la cárcel.

Me abstengo de juzgar el hecho hasta que no reciba los informes que he pedido acerca del nombre de la escuela laica en que ese cura se educó.

Porque hemos convenido en que sólo de ellas salen criminales de esos que hacen méritos suficientes para merecer veinticuatro años de presidio.

Lo que se decía ayer

(Fragmento de una de las cartas de Cabarrús á Jovellanos)

Sostiene la nobleza el trono... ¡Ah! Dígame más bien que lo mina y que lo destruye, agravando aquel gasto preciso con todos los suyos, y añadiendo á aquel yugo saludable el de sus pasiones, ciertamente tan inútil como ilegítimo; y si no, vea vmd. al rey más virtuoso y económico perdiendo la corona y la vida, víctima de la indignación excitada por las prodigalidades y rapiñas de la insaciable nobleza que le rodeaba; véala vmd. y conózcala de una vez esta nobleza, que no contenta con desamparar el trono luego que no pudo ya alimentarla con la sangre de los pueblos, excita por todas partes contra su patria y su rey la guerra impía que había de ensangrentar, de hollar, de perder la una y conducir el otro á un infame cadahalso: ¿han detenido por ventura á la nobleza francesa los ruegos de su rey? no, por cierto; se trataba de reconquistar sus privilegios homicidas ó sus ridiculas condecoraciones: la vida del rey, su patria, los intereses de la humanidad, todo era menos: el orbe había de rebalsar en sangre para restituirles las usur-

paciones de su codicia ó de su vanidad.

En fin, la nobleza, añaden otros, es un conducto intermediario entre el trono y los pueblos; pero un intermediario inútil es un verdadero obstáculo, y tal es la nobleza: impide al príncipe conocer, al súbdito llegar y ser conocido; digámoslo de una vez, es un enemigo común que aleja artificiosamente dos partes que todo concurre á unir, y que nunca sirve la una sino á costa de la otra.

Después de pulverizados así sin grandes esfuerzos los argumentos más especiosos á favor de la nobleza, naturalmente vmd. no esperará que yo responda á los que habiendo registrado el cielo, y contado uno por uno tronos, dominaciones, querubines y demás subdivisiones del ejército celestial, quieren seriamente que porque allí hay jerarquías, las haya también en la tierra: toca á los teólogos, ó por mejor decir á los médicos, hacerse cargo de semejante argumento.

EL CONDE DE CABARRÚS

Errata con gracia

En el artículo publicado en el número anterior bajo el título «El clericalismo español y el clero americano», al copiar la página 153 del libro «La Iglesia y el Siglo» se dice: «Se imaginaba que los católicos querían implantar en los Estados Unidos las ideas «anarquistas» ó imperialistas de los demás países.»

El buen juicio de los lectores habrá sustituido con la palabra «monárquicos» la de «anarquistas», que se estampó; pero de todos modos, como tampoco aparece muy clara la de «imperialistas» y el párrafo quedaba sin sentido, hacemos esta aclaración; y además porque tiene gracia la errata y no queremos que los señores católicos nos vengán rectificando... ni los anarquistas tampoco.

A cada uno lo suyo.

El Comercio ha hecho más que la Religión por la fraternidad de las naciones.

EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS

POR

FRAY GERUNDIO

Con prólogo de José Ferrándiz y epílogo de José Nakens.

PRECIO: UNA PESETA

A los suscriptores y corresponsales a EL MOTIN se les rebajará el 25 por 100.

Se enviará además 25 céntimos para el certificado.

Sobre los maleficios de Dios

Un «muy ilustre» amigo me envía cierto libro de otro antiguo amigo mío, el P. Eduardo M.^a García Frutos, que se recomienda á los sacerdotes en los Ejercicios Espirituales.

El remitente me pide que le dedique unos comentarios parecidos á los que tengo el honor de ir dedicando al P. Valencina. ¡Libreme Dios de otro trabajo igual!

Lo que sí haré es poner una muestra de los comentarios á que se presta tal libro, tomando de modelo el capítulo «Los beneficios de Dios», en el cual el jesuita «bendice á Dios» por la salud, robustez, familia, educación, milloneros, impunidad, astucia y demás momios que «Dios» concede «inmerecidamente» á los supuestos lectores, callándose las malas artes mediante las cuales se logran éstos y otros «beneficios».

Y claro está que, si el lector «afortunado» ha recibido «inmerecidamente» de Dios tales «beneficios», de igual modo ha recibido de Dios, y también «inmerecidamente», los maleficios el enfermo, el desheredado, el famélico, el lisiado, etc., es decir, todo aquel que se halla colocado con «inferioridad» en la escala del «bien propio y natural de la especie».

Y en este sentido brindo al dicho padre Frutos la siguiente «Meditación espiritual»:

El apache á Dios

Yo querría ser capaz de sentir toda la energía de mis derechos y de contar uno por uno los deberes que has contraído conmigo, á fin de poder hacer manifiesta la injusticia é iniquidad que, al suponerte omnipotente, te imputan los explotadores de tu nombre y de tu autoridad.

En el orden natural yo considero al hombre colocado en medio del universo para agitarse en incesante y desesperada lucha contra elementos de muerte que por todos lados le acechan. Ora le mata el calor, ora el frío; ora la humedad, ora la sequía; ora la fiebre, ora la parálisis; ora el hambre, ora la indigestión; ora la sed, ora la bebida; ora el sueño comatoso, ora el insomnio; ora el rayo venido de lo alto, ora el terremoto venido del profundo; ora le afligen sus males, ora le atormentan los ajenos; cada palpitación de vida es una palpitación de muerte.

¿La familia? De pequeño, es para el hombre su tirana y su carcelera; de mayor, su espuela y su tormento. Cuando desaparece el padre cruel, imprudente, temerario é inconsciente, vienen los hijos exigentes é ingratos. ¿La sociedad? «Homo homini lupus»: un hombre es lobo para otro. No se disputan con más furor los perros el pedazo de carne que los hombres el pedazo de su propiedad. El criminal mata al pacífico; el ju-z mata al criminal. ¿Los animales? ¡Oh!... El hombre ha sido la fiera más feroz, la que ha destruido especies y familias; la que devora el cordero, el ave, el pez; el enemigo voraz y carnívoro de todos los animales. Mayor espanto causa su visita á los leones de la selva que el lobo á la inofensiva oveja... Vive matando continuamente. En su ferocidad es cruel, traidor, pérfido y malva-

do. La fiera, una vez harta, descansa y contempla extasiada la vida y alegría de los demás animales; y el hombre, aun harto y ahito, sigue matando por placer de matar; la caza es su placer. ¡Oh, cuán horrible es la figura del hombre en la fauna terráquea!

El reptil vive de la tierra insensible; del agua insensible el infusorio; del aire insensible el insecto; ellos se nutren sin hacer sufrir, sin dañar, y el hombre no da un paso sin dejar una huella de muerte...

¡Oh, Dios! Si eres omnipotente, ¿por qué no arreglaste el mundo de otro modo? ¿Por qué no diste al hombre un estómago más sano y vigoroso que le eximiese de la voracidad para dar ejemplo de paz y de dulzura á todos los animales?... ¿Qué pecado cometieron éstos para ser condenados á padecer las torturas de los hombres? ¿Acaso no sientes Tú el dolor de esas criaturas tuyas? Si no lo sientes, ¿por qué las hiciste sensibles á ellas? Y si las sientes, ¿cómo no evitas sus dolores?

La redención... Si tu Hijo te pagó nuestras deudas, ¿por qué continuas cobrándolas? Si bastaba una gota de su sangre, ¿por qué consentiste que se vertiese la segunda? Y después de haberla vertido toda, ¿cómo continuas la pena de un pecado que nosotros no hemos visto ni cometido? Si «no puedes» prescindir de ello; si esta es tu voluntad, y tu voluntad puede más que tú y te aprisiona y obliga, ¿dónde está tu omnipotencia? Y si puedes prescindir de tu voluntad, y por la razón nos enseñas á creer que es necesario que te sujetes á la justicia, ¿cómo nos haces ver que es injusta tu conducta?... ¡Oh, Dios omnipotente! Si porque una mujer comiese una manzana del árbol de un propietario, éste la condenase á ella á perpetuo destierro, al suplicio de la enfermedad y de la muerte, y á ella y á todos sus hijos les maldijese y les persiguiese sin descanso al través de los siglos, de ese propietario diríamos que es un loco furioso, un tirano implacable, un monstruo de crueldad... Y si su hijo se ofreciese á morir por este desgraciado linaje, y el padre propietario aceptase el ver la muerte de su hijo, ¡qué horror!, ¡qué monstruosidad!... Los poetas del averno no pueden imaginar mayor monstruo...

¡Oh, mi dulce Jesús!... No, Tú no fuiste omnipotente ni omnisciente... Tú estuviste en la tierra; si hubieses sido Dios, tu viaje habría sido una excursión caprichosa sin mérito de ninguna clase... y además habrías contraído deudas que no has pagado... ¡Oh, escucha mi oración, Jesús mío! Tú hiciste ver que sufrías con el que sufría. Tú sentías lástima del paralítico, de la mujer con flujos, del ciego, del huérfano... Tú lloraste de pena... Si Tú eras Dios, ¿cómo no enseñaste á tus apóstoles el secreto de la vacuna para curar las viruelas, y los sueros de Pasteur para prevenir las enfermedades, y el galvanismo para devolver la actividad á los paralíticos?... Si conocías los procedimientos y los callaste, es falsa tu compasión por las dolencias humanas, y serías el hombre más criminal que «pu tiendo hacer bien no lo hiciste». Y si ignorabas estos puntos, no eres omnisciente... Calla, tú, teólogo zascandil; no vengas á enredar las ideas diciéndonos que

«del mal de acá se saca el bien para la otra vida.» ¡No y no! Jesús no quiso el mal; Jesús no dejaba sufrir á los enfermos... Jesús los curaba, y á esto lo llamaba «hacer bien», y al no curarlos lo llamaba hacer mal. Y al que pudo hacer bien sin hacerlo, lo llamaba malvado... Y él fué tan bueno como pudo. «No pudo ser mejor»... Siendo hombre y no Dios, es el mejor de los hombres y el Dios de los hombres; siendo Hombre-Dios, sería el peor de los nacidos... ¿Verdad, Jesús mío, que no pudiste hacer más?... Di que sí para que no me asuste tu crueldad...

¡Jesús mío, cómo te calumnian! Tres años pasaste Tú de vida redentora, y de ellos solos tres días de pasión. Fuiste sano, vigoroso, robusto, gallardo, con talento... ¡Mira cuánto más que Tú han padecido y padecen esos infelices niños escrofulosos; expuestos al arroyo, hambrientos siempre, siempre desnudos, que van del hospital á la cárcel y al arroyo en círculo sin fin y acaban por morir en el patíbulo, después de meses y meses de calabozo y de torturas!... ¡Cuánto más que Tú han padecido ellos!... Tus ministros dicen que sufren por Ti... ¡Qué horror! Dicen que Tú sufriste más que ellos. ¡Qué mentira! Si eras Dios, como Dios no podías sufrir; si eras hombre no más, no podías sufrir más que otro hombre el más sensible. ¡Cuántos más desgraciados que Tú, que ni tuvieron madre, ni familia, ni hogar, ni amigos, ni salud, ni un día de placer, ni una hora de sosiego!...

«El que viste de hojas los lirios del campo y de plumas las aves.» ¡Ay! Señor: también he visto aves enfermas y sin plumas, y lirios sin hojas muriendo de sequía y de insectos... ¡Ellos no pecaron y también son castigados!...

¿Quién eres, tú, Dios invocado del jesuita?... Me lo dice Isaías: «Soy el que llama lo; seres á la vida. El creador de la luz y de las tinieblas; el autor del bien y del mal; yo, Jehová, hice esto; fuera de mí no hay nada...» ¿Autor del mal?... ¿Tú, autor del mal? Si hiciste el mal, no eres santo; si no lo hiciste y dices que lo hiciste, mientes. Si lo hiciste sin poderlo evitar, no eres omnipotente; pecaste como pecan los pecadores...

Y dijo Dios: «Me arrepiento de haber hecho al hombre...» ¿Dios y te arrepientes?... Sólo se arrepiente el que yerra y peca. Si sabías que el hombre que criabas había de faltar, y para que pudiese faltar le hiciste defectible, Tú, autor del hombre, de su defectibilidad y de la ley, eres autor del pecado. El hombre no quiso pecar, al contrario, quiso ser más perfecto: quiso ser «como Dios»... Querer ser perfecto no es pecado, sino una virtud. ¡No pecó! Quien pecó fué quien le puso temerariamente en ocasión de pecar, sabiendo que pecaría. ¡El hombre no pecó! El hombre es santo, porque no es indefectible...

Dios al Apache

Oye, hijo mío; oye y aprende. Ya el Papa Paulo V dijo á los embajadores de Venecia: «Non sapete che predicare re le Vangelo é rovinare la Chiesa d' Iddio?» (1)

(1) ¿No sabéis que para arruinar la Iglesia de Dios no hay como predicar el Evangelio?

No hagas caso de la oración del jesuita. «Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres» y el que más pueda aquel se la lleva.

No he sido Yo el que he dado el palacio de Pastrana á los jesuitas, sino la duquesa, quitándosele á sus sobrinos.

A la duquesa no le di Yo la fortuna, sino que se la dieron sus pasados. A ellos no se la di Yo, sino que se la tomaron. Sobornaron un juez y ganaron el pleito; mataron á un propietario, degollaron sus soldados y se hicieron dueños de la propiedad. Esquilmaron los colonos explotando sus trabajos y lanzándolos al hambre cuando caían inútiles...

Eres jiboso... No te impuse Yo esa jiba. Proviene de un golpe que sufrió tu madre durante el embarazo; la pobre había de trabajar más que podía para servir al duque; cayóse en la escalera... y allí te hizo la jiba la crueldad del duque.

Eres cojo... No te di Yo la cojera, sino la pobreza de tu madre, que te parió sin comadrón... No tenía un ochavo...

Estás lleno de tumores... No te los di Yo, sino el diputado, que de acuerdo con la hermanita devoraron los bienes del Hospicio y devoraron los reconstituyentes que tú debías haber tomado.

Naciste en el arroyo: allí te dejó tu madre... No te hice nacer Yo huérfano; fué la madre Iglesia, que asusta á las doncellas madres; la ley, que las deshonra, y la familia, que dice á la joven-cilla: «antes muerta que deshonrada».

No te di Yo la tiña, sino el médico del Hospicio, que no exigía la separación del tiaso que te contagió.

No te pegué Yo las viruelas, sino el jesuita que te llevó de acólito á la unción del varioloso.

No te metí en la cárcel, sino que te metió el hambre; y el hambre no te la di Yo, sino quienes explotaron á tus padres, comiéndoles el sudor con que debían haberte asegurado á ti una educación honesta.

No te llevé Yo al patíbulo, sino esa sociedad-apache, prostituida para perpetuar y eternizar las maldades de los apaches que se llamaron conquistadores y negociantes...

No creas á ese jesuita; el «sacerdote» maldice siete veces cada día la hora en que nació en la Iglesia, en que cayó en sus lazos y en que puso la fe en ella; maldice la Iglesia que le ha arrebatado á la sociedad, que le ha baldado los miembros para el trabajo, que le ha hecho blasfemar del amor, que le ha encadenado al amor deshonesto, á la lujuria obscena, al sacrilegio, á la corrupción de menores, á la seducción de doncellas, á la bestialidad, á ser asesino de sus hijos, infamador de sus amantes, ogro de su propio hogar, envilecedor de sí mismo, engaño de la sociedad, parásito del pueblo, instrumento de tiranía, cultivador de la ignorancia, explotador de la buena fe de las gentes, comediante de ultra-tumba, carcelero de esqueletos, mercader de ánimas y vergüenza de sí mismo.

Defiéndeme, ¡apache mío!, de las calumnias de ese bergante; demanda á ese fariseo y sácalo á la vergüenza pública; límpiame de la inmundicia que acumula sobre Mí; limpia mi honra y mi historia de sus imputaciones y predica el Dios de la Justicia eterna, de acá y de allá; el Dios del Bien eterno é infinito,

de allá y de acá; el misterio... irrevelado... el insondable... el indefinible... y acuérdate de esta máxima del gran Padre Goriot: «Un million... avec notre petite tête nous pourrions aller flaner les filets de Saint-Cloud pour voir s'il y a un Etre Suprem...»

Busca primero ese milloncito que necesitas, si logras escaparte del patíbulo; y una vez lo tengas bien seguro en el Banco, compón como puedas los estropicios que los hombres han hecho en tu cuerpo; y cuando estés sosegado, vente á la cumbre de Montserrat á discutir sin prisa sobre las grandes verdades eternas. Entre tanto, miserable apache, no quieras saber más sino que estás jorobado por todos lados... gracias á los teólogos pardos, que, para que no les pidas á ellos la cuenta de la joroba, te dicen:

—Esa jo... se la debes á Dios... de aguinaldo; ajústale á El las cuentas.

Resumen

El «Dios de los jesuitas» es la pantalla que ponen á los ojos de sus clientes para no dejarles ver la iniquidad social y para endulzar la posesión de los bienes adquiridos por los procedimientos con que los jesuitas adquieren los suyos... No hay mejor Dios para el ladrón que el que le dice: «Lo robado es tuyo; yo te adjudico «I robo á ti y al otro... los palos que tú le has dado.»

Si los ladrones hubiesen de inventar un Dios, no le querrían más complaciente.

Pero si la Guardia civil le llegaba á sorprender en estas pláticas espirituales cristianas, lo menos que podría oír sería oír un par de tiritos.

Que el robo haya sido cometido ayer ó mil años atrás, que lo haya cometido el interesado ó su tatarabuelo, el robo es el mismo, las víctimas son las mismas y la iniquidad es la misma.

Sólo falta Guardia civil que sepa hallar en la Historia las pistas de las iniquidades.

Queda servido mi comunicante por primera y última vez.

S. PEY ORDEIX

BLASFEMIAS

El papel de los jesuitas á la cabecera de los agonizantes ricos, es el mismo absolutamente que el de los ladrones ocultos detrás de un árbol en la espesura del bosque.

Esperan que el enfermo no pueda defenderse, para saquearlo. ¡Todo, naturalmente, en nombre de Dios!

Leo en Bossuet:

«Dios... sentado en su trono allá en lo mas alto de los cielos.»

¡En lo más alto de los cielos! El espacio no es entonces infinito. Hay, pues, por algún lado como una bóveda, un techo debajo del cual Dios está sentado «en su trono.»

¿Y qué hay después del trono?

Leo en el Evangelio que un pajarito no puede caer en tierra sin que Dios lo quiera.

No puedo, por consiguiente, cometer una falta ni escribir un renglón sin que intervenga la voluntad de Dios.

De manera que no soy yo quien obro, sino Dios, y que es Dios quien debiera ser castigado ó recompensado.

¡Lógica de lo absurdo!

Los sacerdotes os vendan los ojos; luego os toman de la mano para servirlos de guía, y á cada paso, os dicen:

«Tened cuidado; la noche está cada vez más oscura; ¡estáis rodeados de precipicios!»

Algunos audaces se arriancan la venda, y ven que el sol brilla, la naturaleza es hermosa y riente, la tierra es firme y no hay más precipicios que en la palma de la mano.

«¡Desgraciados, grita el sacerdote entonces; volved á poner la venda; os vais á extraviar.»

A un campesino le roban una vaca. ¿Adónde corre? ¿A la iglesia á echarse de rodillas y exclamar con fervor venemente: «¡Dios mío! Prenda usted á mi ladrón y haga usted que me devuelvan mi vaca?»

¡No por cierto! Se va al juzgado y á la comisaría, y pone en campaña á los gendarmes.

Los criminales creen en una vida futura: no tienen, pues, miedo ni del infierno ni del presidio.

Entonces ¿para qué sirven los sacerdotes, gendarmes del padre Dios?

EMILO LECRECOQ

El paraíso

Cuánto más tarde... mejor

Las descripciones de los gozes del paraíso siempre han sido, ó deliciosamente incohe entes ó groseramente materialistas, cuando no han sido lamentablemente huecas como en la teología cristiana. El paraíso mahometano tiene por lo menos la gran ventaja de ser comprensible por todos los mortales que no son idealistas con exceso. El mahometismo promete en la vida futura una superabundancia (sin malas consecuencias) de todos los placeres de que la humanidad no puede aquí abajo disfrutar sino con moderación. Esa perspectiva seductora hace explicable la diferencia relativa con que los que creen de firme en el Islam afrontan la muerte. Por otro lado, al considerar la nebulosa y poco atrayente concepción que el cristianismo nos da del paraíso (en que toda la eternidad se pasará entonando cánticos), se comprende la repugnancia general de los cristianos en perder las alegrías efímeras pero más tangibles, de la tierra.

Los cristianos más fervorosos enderezan al cielo plegarias suplicantes para que conserve la vida á los seres para ellos queridos, no obstante la creencia que profesan de que éstos se-

rían mucho más felices en el cielo que aquí abajo. Hasta cuando el pobre viejo de León XIII se estaba muriendo, sus fieles súbditos hicieron todo lo posible para retarjar su entrada en el paraíso. (Agregaremos que, en todo cuanto se refirió de sus últimos momentos, no se dijo ni palabra que demostrase que él mismo tuviera prisa por ingresar.) Bombardearon el trono de Dios con millones de súplicas para impedir á un viejo de noventa años, gastado, que fuese á disfrutar de un descanso bien ganado—eso sin contar el arpa y la corona que allá arriba le esperaban. Médicos expertos velaban constantemente á su cabecera, para estorbar que su alma emprendiera a vuelo hacia su Creador. En vez de dejar á aquel viejo morir en paz para que fuera á juntarse con el Espíritu Santo, de quien era el intérprete aquí abajo, trabajaron para conservarlo en vida con encarnizamiento tal, que parecía que temieran para él una eterna perdición en lugar de una felicidad sin límites.

En realidad, á este respecto, los cristianos son *tercamente inconsecuentes*. Por mucho que alardeen de que el Señor llama a sí á los seres que le son más queridos, tienen buen cuidado de impedirles, todo cuanto pueden, que respondan á su llamamiento. Y los que están enfermos tragarán toda clase de drogas repugnantes y se someterán á las operaciones más dolorosas para dilatar lo más que puedan el momento de ir á descansar «en el seno de Abraham». La inmensa mayoría de los cristianos no desea sino prolongar su destierro en este «valle de lágrimas», y no sin pena y ansiedad miran su entrada próxima en la tierra prometida. Por lo demás, no pensamos en censurarlos por eso, porque, habiendo como el himno popular: «¿Cómo será aquello allá arriba!» La promiscuidad nunca ha tenido para nosotros grandes atractivos; y cómo no será de nauseabunda la promiscuidad que ha de reinar en la Jerusalén celestial, cuando uno está expuesto á juntarse allá con todos los que pretenden haber «encontrado á Jesús» y haber «lavado sus pecados en la sangre del Cordero!»

¿Quién no preferiría el Infierno con Bruno, con Burns, Ingersoll y todos los herejes de todos los tiempos, al Paraíso de todos los biblicones, beatos, frailes pestíferos, curas panzudos, lechuzas de cofradías, jesuitas, luises y demás miembros del ejército negro? (Nota: hemos reemplazado los santos personajes del autor inglés con los nuestros.)

Le tenemos lástima á la santísima Trinidad, obligada á aguantar la aburridora sociedad de los maníacos y los hipócritas de todas las sectas, quienes, si se les da crédito, tienen su lugar marcado allá arriba. Imaginaos la situación de un Dios condenado á pasarse eternamente la vida en compañía de una multitud de adoradores cuyo ideal en música y en poesía consiste en el canturreo de los salmos, y cuya religión se reduce á arrastrarse ante imágenes pintadas,

y á encender velas á sus pies. ¡Pero si hay ahí motivo para convertir la Sabiduría Infinita á un estado de infinita imbecilidad! Por lo demás, tendría poca gracia que Dios se sustrajese á esa compañía: ¿no es él su creador, y no es á él á quien se le debe lo que ellos son?

Volviendo á nuestro punto de partida, digamos que debe anotarse al crédito de la naturaleza humana el sentimiento que la hace unirse más á la vida presente, que á una existencia problemática más allá de la tumba. Procurad á cualquiera la salud y el vigor, la felicidad doméstica y otros bienes materiales, y estad seguros que no sentirá un deseo loco de ir á juntarse con el «Padre Nuestro» allá en lo alto. Un cambio apreciable en la condición social de los desamparados, bastará para sacarle raíz la creencia que puedan haber conservado en la superstición cristiana relativa al Paraíso.

(Freethinker.)

G. SCOTT

Hoy como ayer

A principios del XVII el clero tenía en España 120.000 iglesias y capillas, 200.000 curas, millares de canónigos, 90.000 conventos, 700.000 frailes, 30.000 conventos de monjas con unas 450.000, 10 tribunales de la Inquisición, con numerosísimo personal de jueces, verdugos, espías, alguaciles, corchetes, etc.

En cambio de tanta riqueza de santidad, y por causa de ella, perdió 600.000 de sus mejores agricultores, y unos 400.000 artífices, profesores, sabios é industriales.

Han pasado cerca de tres siglos, y poco más ó menos nos encontramos lo mismo por obra de la Restauración, que en sólo veinticinco años nos ha hecho retroceder unos trescientos. Sólo participamos, y mal, de aquellos progresos que ha sido imposible impedir y que también utiliza la Iglesia.

La mayor parte del Tesoro público lo consume el clero, directa ó indirectamente, y en sus manos está la enseñanza, la política, la banca, la justicia, y, por lo tanto, domina y se impone en todo.

No hay tribunales visibles de la Inquisición, pero ésta funciona; se dan casos como el de Ferrer, se aplica el tormento, se encierra en monasterios, seminarios, sanatorios, colegios y asilos al que estorba.

De capa caída

En todas partes va de capa caída la religión católica.

Germania, órgano del partido del Centro jesuita de Alemania, publica una estadística que lo llena de consternación.

Según él, en 1908, de 49.000 nacidos

en Berlín, 6.700 no fueron bautizados; de 22.800 matrimonios efectuados entre personas «educadas cristianamente», 9.489 pre cindieron de la Iglesia; por último, de 34.000 personas fallecidas aquél año, 19.502—más de la mitad—fueron enterradas civilmente.

«¡Dios de misericordia!»—exclama el órgano clerical—¿qué será de los berlineses de aquí dos ó tres generaciones?

El secuestro sacramental

El voto y las rejas

Las personas imparciales de todos los partidos políticos y de todas las opiniones religiosas, inclusive los católicos sensatos, y no hay para qué decir que los librepensadores, se asombran, no ya de la tolerancia é impunidad con que las órdenes monásticas é Institutos religiosos cometen el crimen del secuestro y detención arbitraria de las personas, sino de la protección y ayuda que el Estado les presta, poniendo á su disposición la policía y la guardia civil que hemos visto en ocasiones conducir á los huídos á los conventos y asilos y aun custodiar poco menos que esposados á reverendos clérigos de orden del obispo ó del Vicario general.

La Prensa crítica á diario y sin piedad á las autoridades que se detienen á las puertas de las clausuras á la imperiosa voz de una fregona con hábito monacal, y acusa de debilidad á los tribunales que no obran con la debida energía.

Es preciso estar en el secreto para no cargar culpas á quien no las tiene. Si los tribunales no son enérgicos contra los ladrones de misas, de patrimonios de sacerdotes, de dotes de monjas, de fondos de reserva, de mandas pías y secuestradores de menores, del uno y del otro sexo, es simplemente porque se lo prohíbe la ley. La Iglesia goza de inmunidades y de privilegios que la ponen fuera del alcance de los códigos y de la acción de los tribunales de Justicia, y mientras tales privilegios no se anulen continuarán los abusos, y jueces y magistrados seguirán cargando injustamente con el mochuelo de una venalidad de la que sólo el Estado es responsable.

Por eso lo primero que yo he pedido siempre fué la anulación de los privilegios de la Iglesia consignados en el concordato de 1851, y, por consiguiente, su desaparición.

A eso van sin rodeos mis «Comentarios», y por eso me opuse siempre á las consultas, notas, explicaciones, dimes y diretes con el Vaticano, porque implican el reconocimiento de un monopolio irritante y de una tutela sempiterna ejercida por la Iglesia sobre el Estado.

Ahora todo el mundo se explicará por qué en los celeberrimos procesos de las misas robadas en San José, de Madrid, y en la Concepción, con todo y con haberse comprobado la falsificación de las firmas, no se castigó á nadie.

Por qué se sobreesayó el proceso contra el padre Menni, superior de los secuestradores del manicomio de Ciemp-

pozuelos, acusado de estupro y otros crímenes que envolvían el infanticidio en la persona de la joven Semillán.

Por qué ni siquiera se formó proceso por los dos suicidios casi seguidos que tuvieron lugar en las Trinitarias de Madrid de la calle de Lope de Vega.

Por qué se negó á intervenir la autoridad civil en el caso de arrojarle á la calle desde el tejado de las mercenarias, entendidas por las Góngoras, una monja pidiendo auxilio, y el único que le prestaron fué recluirla de nuevo en el convento á viva fuerza.

De conventos de Málaga, de Plasencia y de Granada huían casi al mismo tiempo religiosas profesas, secuestradas contra su voluntad, sin que nadie pidiera explicaciones á las secuestradoras; ¡es su privilegio!

La Guardia civil, nada menos que la Guardia civil, corrió desalada en la busca y captura de tres niños secuestrados en el asilo presidio del Corazón de Jesús de Madrid, calle de Claudio Coello, y en cuanto les dió caza, sin más explicaciones, sin oírles ni escucharles, los volvieron al sagrado encierro.

¿Por qué, repito, no se formó proceso contra la comunidad de monjas de la Concepción Jerónima de Madrid, por detención arbitraria de la monja, que no queriendo estar en aquel encierro, se tiró á la iglesia desde el coro y se rompió una pierna?

¿Por qué los tribunales de Justicia hacen como que ni ven ni oyen en la fuga de dos monjas del convento de Santa Engracia de Madrid, que declararon que huían de la clausura, con peligro de sus vidas, por los malos tratos que recibían?

¿Por qué el juzgado no incoó proceso cuando la escandalosa fuga de Sor Narcisca en un convento de Barcelona, religiosa que el capellán quiso recluirla por la fuerza, y lo hubiera conseguido á no intervenir el pueblo y producirse un escandalazo?

¿Por qué, si á fuerza de gritar la Prensa se deciden los jueces de instrucción á abrir diligencias sobre escandalosos secuestros en Asilos como las de las Oblatas, Trinitarias ó Adoratrices, ó en manicomios ó casas de salud y corrección como las de Santa Rita, El Pilar ó Ciempozuelos, lo hacen con tanta lentitud y desesperante parsimonia como ahora mismo está sucediendo en los dos casos de los cuales se ha mostrado caballero andante mi queridísimo compañero Moyrón con tanta fortuna, y el de la joven Teresa Torres de las dichas Oblatas?

Lo mismo ocurrió cuando hace tres años se denunció el secuestro en los hermanos franciscanos de Dos Hermanas, provincia de Sevilla, del hijo del que fué concejal esquirol en Valencia D. Ramón Fosar; el Juzgado se contentó, á instancias del letrado del secuestrado, D. Ernesto Ibañez Rizo, si mal no recordamos, á exhortar al de aquel distrito para que le fuera entregado el recluso; por cierto que recibió al Juzgado el padre Pascual Balaguer y Verdú, otro secuestrado de la clase de presbíteros, que ha huído del cariño de los bandidos, de sus miserables cuñados, y lo tenemos entre nosotros, libre, sano y salvo.

Que en todos estos hechos está demostrada la criminalidad, no cabe duda alguna; que existen secuestradores y

secuestradoras con casa abierta y con la garantía del Gobierno, es tan claro como la luz del día, y que el Estado ampara con fuertes rejas el cumplimiento del voto monástico, haciéndose cómplice de cuantos horrores se realizan en estas prisiones, desde el tormento hasta la muerte en el «in pace» enterramiento en vida.

El Gobierno no sólo ha tolerado y protegido estos crímenes, sino que hasta ha instituido las cuevas criminales, porque á nadie más que á Silveira se le debe el presidio de jóvenes discolos de Carabanchel Bajo, puesto en las criminales manos de unos bandidos con hábito frailuno, ayudantes de padres verdugos y de madres «demimondaines» que no quieren ser fiscalizados por sus hijos á quienes no dieron la educación que debieran, haciéndoles pagar las culpas por ellos cometidas, con reclusión arbitraria y secuestro religioso.

Aún no hemos visto en la cárcel á ningún fraile ni á ninguna monja, directores, directoras ó cómplices de los secuestros de menores ó detenciones arbitrarias de las personas, por más que los artículos de la ley sean terminantes. Ni hemos sabido que se procese á ningún colector de misas por robo de las que los fieles encargaron y no se celebraron, dando hasta recibos con firmas falsas.

Ni se procese á los que venden cuadros de gran mérito artístico en millones de pesetas y objetos valiosísimos de templos y catedrales en sumas fabulosas; ni hay quien haga caso de las denuncias diarias para que se pidan cuentas á los prelados de los fondos de reserva que se apropian estafando al clero y á los fieles.

Como nadie quiso tomar nota de las formuladas en un célebre folleto por el que fué director de la Asociación de Padres de familia, el Sr. Ceballos, precursora de la Defensa Social, á pesar de haber en tal folleto denunciado que los fondos de la Asociación se invertían, de orden del marqués de Comillas, en comprar votos para los diputados carco-católicos, y de pregonar por todas partes el dicho director que cuantas jovencitas cogían en la calle á altas horas de la noche, si prostituidas por prostitutas y si no porque él y sus seides las prostituían, eran secuestradas en las Oblatas de la calle de Canarias de Madrid ó con engaños ó á viva fuerza, para lo cual las auxiliaban los del orden, ó los municipales, ó los serenos.

Es preciso que hable el Tribunal Supremo, que hable el caballero fiscal de S. M., que hablen los presidentes de las Audiencias y los jueces de instrucción, para que cesen las dudas, las críticas y las recriminaciones, y hagan saber á todo el mundo que si no proceden contra los frailes, jesuitas, monjas, hermanos y hermanas con la misma energía y actividad que cuando se trata de simples particulares, no es porque no quieren, sino porque no pueden; porque la Iglesia, el clero secular y regular, sus palacios episcopales, sus templos, sus monasterios, sus conventos, sus asilos, sus personas y todo cuanto con ellas y sus bienes, acciones y derechos se relaciona, están bajo la garantía de un privilegio y de una inmunidad que sostiene y ampara el Estado; y que en tanto esta inmunidad y estos privilegios no desaparezcan, el poder judicial se

detendrá á las puertas de las clausuras, y no seguirá diligencias por los crímenes que en ellas se cometan, por grandes y enormes que sean, ni perseguirá los robos y las estafas sagradas, por eso, porque caen fuera de su jurisdicción; cosa que el Estado viene obligándoles á no decir, á disimular.

Mientras el poder público ampare estos secuestros de las personas y aun los garantice con todos los recursos y fuerzas del brazo secular, de la policía y de la guardia civil, ya se hagan por el bautismo en requisas de inconscientes fieles, ya por el orden en cata de personal para el santuario, ya en leva para la remonta de conventos del uno y del otro sexo; mientras el Estado actúe de fiscal de las conciencias en provecho de la Iglesia, protegiendo las rejas para que no se puedan escapar los votos, será un mito la libertad de las personas; y conventos, asilos y casas de salud religiosas seguirán convertidos en cuevas de secuestradores y presidios sagrados, para vergüenza, baldón é ignominia de España y de sus malos gobiernos.

CANTAFLARO

Del Asino, de Roma:

Un dottore cattolico ha negato

Esser ei dal gorilla derivato.

Infatti, é un caso raro,

Quei dottore discende di un somaro.

(Un doctor católico ha negado descender de un gorila. En efecto, y es un caso raro: ese doctor descende de un borrico).

La lucha contra la Iglesia

Para emprender esta lucha hay que remontarse á las fuentes; hay que investigar cuál es la fuerza real é inmanente de que dispone y por la que se impone la Iglesia, y hierirla en esa su fuerza de tal modo, que todos sus recursos, todas sus emboscadas sean luego como edificio sin cimientos que el viento sacude y echa por tierra.

Esa fuerza suya es la fe; la fe como necesidad de las almas débiles é inculatas; la fe como contrato de los espíritus prácticos y pillos con el Padre Eterno; la fe como vano ejercicio de hipocresía, mediante el cual Cristo se convierte en confidente y testigo en las invocaciones rituales de todas nuestras pequeñas infamias diarias. La fe de los abyectos, la fe de los mercaderes, la fe de los hipócritas es el manantial inagotable de donde los sacerdotes sacan la solidaridad y la sensibilidad de las multitudes; esto es, el alimento de todo su poder espiritual y material.

¡Pues bien, luchemos contra la fe!

¡Oh! El patrimonio sagrado de la libertad de conciencia, las reconditeces inviolables del alma humana nada tienen que hacer en nuestra batalla; un filósofo positivista enseña su ciencia á discípulos que tienen principios idealistas, y los pone en el caso de hacerse nuevas convicciones y de aceptar sus doctrinas. ¿Quién puede en tal caso ha-

blar de libertades violadas ó de secretos espirituales profanados?

Estamos convencidos, hasta por la experiencia de todos los días, que la fe, tal como ella se expresa y se ejercita en la vida, es una de las razones primeras de debilitamiento individual y de regresión social, y tenemos el deber de combatir esa como enfermedad de las almas, en nombre de la civilización que hemos iniciado y que queremos conquistar, así como un médico combate el alcoholismo en nombre de la salud de aquellos á quienes está llamado á curar.

La fe es un hecho de conciencia, se dice, que interesa á cada hombre individualmente y nadie puede pretender hacer de amo en casa ajena; pero también la ignorancia, también la inmoralidad que se practica á escondidas y no por las calles, que se manifiesta en actos que no lesionan intereses ajenos de ninguna clase, son hechos íntimos particulares de cada individuo, y, sin embargo, hay leyes del Estado y leyes de moral que aspiran á corregir la ignorancia y la inmoralidad, sin que nadie sostenga que esas sean leyes tiránicas ó inhumanas.

Luego la fe nunca es un asunto absolutamente privado, como suele decirse: el hecho mismo de que existan lugares públicos donde esa fe desarrolla sus ritos, de que existan escuelas públicas donde esa fe se dogmatiza y se enseña, de que exista un presupuesto público que subvenciona esa fe, de que existan administradores de esa fe á quienes el Estado reconoce una potestad pública y tributa honores oficiales, todos esos antecedentes y esas sensaciones de la colectividad demuestran que los intereses públicos, en cuanto atañen á la higiene moral é intelectual del pueblo, están directa y estrechamente ligados con esa fe y justifican toda intervención que propenda á velar por esos intereses.

ROBERTO ROBERTI

(La Giovane Italia.)

LA NUEVA GITANERIA

El Papa consagra á Merry.

Merry consagra á Coloma.

Coloma consagra á Maura.

Maura consagra á Canalejas.

Y Canalejas dice: "Tengo la confianza de la Corona; mantengo amistosas relaciones con la Santa Sede; soy jefe del anticlericalismo por la gracia de Dios, del Rey y del Papa..., y para desgracia del pueblo español."

Robos piadosos

Desapareció hace unos meses una estatua milagrosa de la Virgen en una iglesia de Creustokan (Polonia).

Si fué por tenerla el ladrón á mano para rezarle, lo alabo por su fe acen-

drada; y si fué por lo bien vestida y alhajada que iba, lo felicito por los miles de duros que se agenció.

Busca por aquí, busca por allá, y nada, la imagen sin parecer. Y ya se desconfiaba de hallarla, cuando cádate que la policía arresta hace poco en Ekaterinobru á una monja de vida ejemplar, registra su celda y encuentra gran parte de las alhajas de la Virgen.

Y averigua de este lado, inquiere del otro, y resulta que la humilde sierva de Dios estaba al frente de una numerosa gavilla de ladrones de iglesias admirablemente organizada.

Si siempre que ocurriera un robo en un templo, se buscaran los autores entre los servidores de él, ó beatos adyacentes, pocos quedarían en el misterio.

La experiencia lo ha confirmado muchas veces.

Silueta del siglo XV

Calzo sandalias, llevo un cilicio,
cubre mi cuerpo rudo sayal;
me siento grande cuando acaricio
la fina punta de mi puñal.

Con la capucha medio velada,
bajo las sombras del monasterio
busco á la monja que enamorada
colma mis gozos en el misterio.

Pero en la celda de mi convento,
cuando descanso sobre el jergón
combina muertes mi pensamiento
y agita el odio mi corazón.

Yo soy adusto, grave, sombrío,
soy el emblema de un ideal...
¡muera el hereje, muera el impío
á quien condena mi tribunal!

MARIANO ABRIL

Ciencia y religión

Dijo Pío X en su encíclica *ad diem illum* del 2 de Febrero de 1910:

«Atravesamos una época funesta. Tenemos un derecho de repetir esta lamentación del Profeta:—No hay más verdad, no hay más misericordia; ya no hay ciencia sobre la tierra. La maldición, la mentira, el homicidio, el robo y el adulterio se esparcen por todas partes.»

Es cierto: no obstante las últimas decisiones de la comisión bíblica de Roma, ya no se cree en la *verdad* de que Dios formase con sus manos al primer hombre y que de una de sus costillas extraíese á Eva, la cual con facilidad se dejó seducir por un demonio oculto bajo la forma de una serpiente habladora.

Es cierto que hoy no se queman herejes como la Iglesia *misericordiosa* lo hizo con millares y millares de infelices.

Es cierto que la ciencia moderna no cree, como lo quería la escolástica, que la tierra sea plana y que el sol gira alrededor de ella.

Ni cree en la donación de Constantino, ni en las decretales de Isidoro, ni tampoco en la inspiración de las sagradas escrituras, por haberse probado no ser otra cosa que una recolección de leyendas y tradiciones de épocas diferentes y orígenes diversos, bastante posteriores á las épocas que les atribuye la Iglesia.

Ni se ocupa tampoco la ciencia de investigar el sexo de los ángeles; ella trabaja con más utilidad ocupándose de física, de química, de higiene, etc.

Pero, en cambio, nuestro tiempo no conoce ya los homicidios por causa religiosa, tan prestigiados por el catolicismo (y por el protestantismo también) bajo el nombre de cruzadas ó guerras de religión.

La ciencia se ríe de las estupideces propaladas por la gente de sotana ó de túnica, de los huesos de las once mil vírgenes de Colonia, y de las dos cabezas auténticas de San Juan Bautista, lo mismo que del auténtico prepucio de Cristo.

Se hace ahora el inventario de las inmensas riquezas que la Iglesia ha sabido acumular en sus fuertes cajas, amenazando con el infierno y el purgatorio y prometiendo el paraíso. La ciencia investiga en los archivos y encuentra las historias de las Teodoras, de las Marozzias, de las Vannuzzias, y demás queridas de los soberanos pontífices. Y en cuanto á las maldiciones, es cierto que se multiplican, pero son contra el catolicismo, contra su inmoral jerarquía, contra sus escandalosas riquezas, contra sus pretensiones de libertad para esclavizar conciencias é inteligencias.

Pío IX lanzó anatema contra quien dijera que el Pontífice Romano puede y debe reconciliarse y ponerse de acuerdo con el progreso y con la civilización moderna.

Y, por excepción, estamos de acuerdo con la Iglesia por esta vez. Ella nada tiene que ver con la civilización y con el progreso. Es incorregible. No hay, pues, que esperar acomodo alguno con ella. Incumbe á los hombres ávidos de saber, de justicia y de verdadera libertad, unirse para destruir la Iglesia.

OTTO KARMIN

De Nueva York

Sr. D. José Nakens.

Muy distinguido señor mío: El objeto de la presente es para manifestar á usted, que con fecha 31 de Agosto último he enviado al señor presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Sr. D. José Canalejas y Méndez, la manifestación que adjunto acompaño, copia exacta, que es el eco y buen sentido común de libertad y progreso que respiramos para nuestra patria española los españoles que aquí residimos.

Nos adherimos en todo y por todo á la política que el actual gobierno del Sr. Canalejas sigue, oponiéndose á las absurdas demasías que pretenden el Papa Pío X y su secretario de Estado

cardenal Merry del Val; demasías que no son más que triquiñuelas para tener á España subyugada bajo la férula romana eternamente.

Si usted cree que puede valer algo la opinión de los firmantes de la manifestación supradicha, haga de ella el uso que mejor le parezca.

Queda con la más alta consideración de usted atento y s. s. q. b. s. m.,

QUINTÍN GARRETA

Excmo. Sr. D. José Canalejas y Méndez, Presidente del Consejo de Ministros.—Madrid.

Excmo. Señor:

Los españoles residentes en Nueva York, aunque lejos de la patria querida, estamos siempre cerca de ella con el profundo amor y cariño que la debemos.

Felicítamos sincera y entusiásticamente á V. E. por el brillantísimo cuanto patriótico discurso pronunciado en el banquete de Monte Uña, celebrado en honor de V. E. el 29 del pasado Julio, y con referencia al atrevido y descortés telefonema que desde Bilbao le enviaron los cien mil hombres vizcaínos católicos, antiliberales, reaccionarios, curas y sacristanes, bendecidos por cincuenta prebostes (que no lo creen nos), defensores del oscurantismo, enemigos del régimen social y de la patria española, a la que quieren que siga encadenada a los pies del Pontífice romano, en este siglo XX de ilustración, progreso é independencia de las naciones.

El programa político por V. E. emprendido frente á las injustas imposiciones del Vaticano, llena universalmente los ojos de los pueblos libres y civilizados; y los que con honor suscribimos, confiamos que V. E. seguirá inspirado, firme y enérgico, con el ardor democrático que tiene tan acreditado, exterminando de una vez para siempre la polilla clerical que corroee las entrañas de nuestra España, á fin de que, sobre la personalidad de V. E., brille una aureola de recorda la admiración en las presentes y futuras generaciones en los cuatro ámbitos de la Península, en elevado y bien merecido pedestal.

Excelentísimo señor, Dios guarde á V. E. muchos años para la felicidad de nuestros sufridos y nobles pueblos.

Nueva York, 31 de Agosto de 1910.

Firmado,
QUINTÍN GARRETA

Núm. 2, Stone Street.

Fermín Cestero Santana.—Jorge Ruiz.—M. Echeverría.—D. F. Pichel.—Lorenzo Román.—Manuel Nebot.—F. Pernas.—E. G. Collado.—P. Gutiérrez.—Fernando Franco.—Miguel Calvet.—S. P. Ferrer.—Miguel F. Harrinosa.—Carlos F. Salcedo.—Jaime Cadira.—Emilio Ortega.—Vicente Cairó.—Andrés del Valle.—Ramón García.—José Fernández.—Pedro Rico.—Adolfo Vadillo.—J. V. Poirás.—Gabriel Boera (hijo).—José Torres.—Enrique Beltrán.—Joaquín Sugrañes.—Josefa Rabau.—Pietro Mantónavi.—María Ochoa.—Joaquín Higuera.—Adolfo Bermúdez.—José Nates.—José D. Pl.—Marciano García.—Maximiliano Llanos.—Francisco Gallardo.—Manuel Suárez.—Francisco López.—Joaquín Martorell.—Francisco Cabello.—Julia Norro.—Pablo Mange.—Antonio Martorell.—Rosa Esquivar.—Julia Huer-

ta.—Rafael R. A'meyda.—Luis Z. r.—Carlos Suárez.—Justo Manso.—Manuel Roig.—A. F. Herrera.—Enrique García.—F. M. García.—Manuel Crespo.—Diego del Pino.—Antonio Vallecillo.—Adolfo Cao.—Rogino López.—Guillermo Morejón.—Alvaro Suárez.—P. F. Carrón.—Rafael Ramos.—Pietro Seguí.—J. M. del Norte.—Santiago Puig.—Ricardo Amezcua.—V. V. Latorre.—E. estra Norro.—Angeles Medina.—Antonio Rivero.—Miguel Díaz.—Luisa Sánchez.—Bernardino Fernández.—Antonio Díaz.—Enrique Norro.

Cura francote

Salía el cura Gerardo Farsetti por las calles de Buenos Aires, y faltaba lipidi- nos mente al respeto á cuantas mujeres encontraba. Fué multado en cincuenta pesos por la autoridad civil y el obispo le retiró las licencias.

¡Valiente cosa se le importará de lo último á un cura que se toma todas las licencias indecentes que se le antojan! Por lo demás, sospecho que ese es un cura alegre y francote, enemigo de la hipocresía, y que razona así: «¿Por qué no le de ha' ter públicamente lo que casi todos mis congéneres hacen en secreto?»

Pero aunque merece ap'ausos por razonar así, yo le aconsejo que imite á los demás: hay que evitar ante to lo el escándalo. Sin la hipocresía, les se fa imposible vivir en sociedad á curas y frailes. Por ellos se dijo:

«La hipocresía es el homenaje que el vicio rinde á la virtud.»

Libros en venta

Á PESETA

«La religión al alcance de todos», por R. H. de Ibarreta (edición 33).

«Las ruinas de Palmira», por Volney, seguida de «La ley natural», del mismo.

«Espejo moral de clérigos», recopilación escogida de los célebres «Manojos de flores místicas», publicados por «El Motin».

OBRAS CON REBAJA DE PRECIOS para dedicar su producto á la propaganda «anti clerical».

DE TRES PESETAS, Á UNA

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anti clerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

DE DOS PESETAS, Á CINCUENTA CÉNTIMOS

«Lo que no debe decirse», «Garrotazo limpio», por Nakens.

DE CINCO PESETAS, Á UNA

«Moral jesuítica», por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE DOS PESETAS, Á SETENTA Y CINCO CÉNTIMOS

«La religión natural», «El testamento», por el cura Juan Meslier.

DE SESENTA CÉNTIMOS, Á VEINTICINCO

«A dónde con luce el socialismo», por Eugenio Ritcher.

DE UNA PESETA, Á TREINTA CÉNTIMOS

Teatrales, de Nakens

«Dios, patria y rey», «¡Ojo al Cristo!», «Y dice el sexto mandamiento».

«La sima de Igúzquiza», por Alejandro Sawa.

«La serpiente negra», por Gabriel Merino.

Retrato de Nakens. En gran tamaño, una peseta.

FOLLETOS DEL APOSTOLADO DE LA VERDAD

Á QUINCE CÉNTIMOS

Va publicada la 1.ª serie, que contiene los diez siguientes:

La vuelta de Cristo.—La lujuria del clero.—El diablo.—Cristo en el Vaticano.—El romancero anticlerical.—Pueblo y Aristocracia.—Historias de la corte celestial.—Monja secreta de los jesuitas.—A una madre.—La Democracia y la Iglesia.

Los suscriptores á «El Motin» los recibirán á diez céntimos cada uno, sueltos ó separados y la colección completa encuadernada, á una peseta veinticinco céntimos, enviando además un sello de veinticinco para el certificado.

HOJITAS PIADOSAS

Van publicadas diez, con los títulos siguientes:

«¡Abajo las escuelas laicas!—La mujer en la Iglesia.—¿Por qué no te confesas?—Los escapularios.—Católicos, alerta con las Hojas!—La Santa Misión.—La comunión.—Acción anticlerical.—¿Clero secular, á defenderse!—¡Maera Satán!»

Se venden á sesenta y cinco céntimos el ciento y cinco pesetas el millar.

HOJITAS IGNACIANAS

Espíritu de San Ignacio de Loyola.—Los dolores y gozos de San Ignacio.—La dirección espiritual.

GRANITOS DE ORO

Un pliego, engomado para poder pegar cada granito donde convenga, se vende á dos céntimos.

El pago debe hacerse adelantado, en libranza del G. ro Mutuo ó de la Prensa (que se venden en todos los estancos), ó en letras de fácil cobro, y en último caso en sellos de Correos, prefiriendo los de *peseta, cincuenta céntimos, ó real*.

Los corresponsales de EL MOTIN tendrán el 25 por 100 de rebaja en todo lo que edite esta casa.



SECCION AMENA

¿Se repetirá?

—Sentémonos en esta piedra—me dijo el tío *Sisas*, sastre jubilado del pueblo, que calzaba sobre sus encorvadas espaldas cerca de ochenta años.

—Sentémonos, sí—le contesté—porque el paseo que ha da lo usted hoy es muy largo para un hombre de sus años.

—Ochenta, hijo, ochenta caerán el día de San Miguel. Y, sin embargo, tan firme.

—Buena tarde ¿eh? No hay más que ver cómo la aprovechan los franciscanos sacando sus santos en procesión. Usted no distinguirá á unos ni otros. Es verdad que el convento está algo distante...

—Pero lo conozco palmo á palmo.

—¿Qué? ¿Ha sido usted lego, monaguillo, ó cualquier cosa en é?

—¡Quítate de ahí! Si no te conociera creería que te burlabas de mí. ¿De dónde has sacado que tenga aficiones de motuón? ¿Yo amigo de los frailes? ¡Nunca! ¡Si tuviera aquellos bríos que el año 35!... ¿Ves ese convento de San Buenaventura? Pues así Dios no me lo tome en cuenta como despaché á una docena de esos picaros.

—¡Pero tío *Sisas*, digo, señor Fernando! Usted, que es de suyo bonachón y pacífico, permitíse tales excesos!...

—¡Qué quieres, hijo, qué quieres! Hay picardías que sacan de sus casillas al más honrado. ¿Tú no habías nacido por aquel año?

—No, señor; en buena hora lo diga.

—Pues bien; has de saber que los tales franciscanitos, á pesar de andar descalzos, se ponían las botas á costa de nosotros pecadores. Fija la vista hacia adelante, vuélvela hacia atrás, dirígela á derecha é izquierda, y ¿qué ves?

—Huertas, prados, casas...

—Pues todo eso se habían apropiado los frailes de aquel tiempo, ya por el diezmo y las primicias que usufructuaban, y por los testamentos arrancados á los moribundos, ya por las confesiones, ya por... ¡Con decirte que mi padre me recordaba una época en que fué preciso apuntalar las arcas del convento, esta dicho que era suyo todo, absolutamente todo! Pero llegó un día en que supimos el buen trato que en Madrid y Barcelona se había dado á los frailes (ocho cuartos me costó el porte de la carta en que se me daban esas noticias) aquel día... Tú recordarás eso.

—No, señor; ¿qué demonio he de recordar?

—Pues bien, aquel día asaltamos el convento. El que no tenía un fusil de chispa llevaba un palo; el que no una

navaja, un puñal, un cuchillo de cocina, un... cualquier cosa. Yo me llevé las tijeras del oficio.

—Y, claro, los religiosos los esperarían á ustedes orando tranquilamente, ofreciendo á Dios sus vidas en holocausto...

—Eso creeras tú, pero no fué así. El que más y el que menos corría que se las pelaba por aquellos claustros; unos se tiraban por las ventanas; otros, no sé si por afición, se refugiaban en la bodega. A un lego lo cogimos metido en la caja de los fuelles del órgano.

—No me negará usted que aquello fué una serie de asesinatos.

—Sí, ¡pero que nos quiten lo bailado! ¡Es tan dulce, aunque sea criminal, desahogarse un poco con los que tanto tiempo lo han explotado á uno!.. Para que veas hasta dónde llega el espíritu de venganza. El padre Lucas era acaso el único fraile bueno que había en el convento; quince días antes, el que hubiera osado tocarle irreverentemente al hábito, hubiese perecido á mano de la muchedumbre que le adoraba, ¡tal era la popularidad que tenía! Sin embargo, el día de la catástrofe, ni su respetabilidad, ni sus canas, ni el crucifijo que empuñaba en sus manos temblorosas le salvaron la vida. Yo le vi caer al pie del altar mayor, herido de mortal puñalada; vile después arrastrado por los mismos que tantas veces habían besado su mano. Es terrible, hijo mío, la ira popular.

En esto se llegó á nosotros un fraileluc de la novísima comunidad que hoy, merced á la restauración, ocupa el antiguo convento; pidiéndonos dineros para no sé qué novena, y, por supuesto no se le dimos. Cuando se alejó gruñendo, dijo el tío *Sisas*:

—Mal camino llevan estos frailes de nuevo cuño. La avaricia perdió á sus antecesores. ¿Los perderá también á éstos? ¡Quién sabe! Yo no lo he de ver. Tú acaso podrás verlo; y si, como presumo, se repite la cosa, acuérdate del tío *Sisas*, y... No te digo más.

J. G.

La oración

Reza el rosario la vieja con más sueño que fervor, y la niña habla de amor con su novio por la reja.

Decir no estará de más cómo se llaman los tres: la vieja PAZ; la otra INÉS, y el enamorado BLAS.

Junto al brasero sentada la vieja, que nada nota,

no dice frase devota sin dar una cabezada.

De dulce tranquilidad goza el gato, que se arrima al fuego, y en la tarima halla su comodidad.

PAZ.—Padre nuestro que estás en los cielos, santifí...

¡Morrongo, quita de ahí!...

¡O te estás quieto, ó verás!

Siempre este gato se pone entre los pies... *tifcado sea el tu nombre...* ¡Endiablado anima!... Dios me perdone.

BLAS.—Un beso, por piedad.

INÉS.—No.—BLAS.—Pero deja...

Uno tan sólo.—LA VIEJA:

—Hágase tu voluntad.

BLAS.—Estar contigo anhelo siempre abrazado, mi bier; ¿querrás tú?—PAZ.—Así en la tierra como en el cielo.

INÉS.—Basta ya, ó me pongo muy seria.—BLAS.—¡A que no!

INÉS.—¡Atrevido!—EL.—¡Yo!...

PAZ.—¡Eh, quietito, Morrongo!

BLAS.—Me voy.—INÉS.—Tal día hará un año. ¡Ingtrato! ¡Infie! Ya no te quiero.—PAZ.—El pan nuestro de cada día...

BLAS.—¿Ni un beso? Por quien soy, cuando tu madre no esté, que más de un millón te dé.

LA VIEJA.—Dánsle hoy.

Pasan algunos instantes; el gato hecho una madeja rorca; le imita la vieja y se aman los amantes.

BLAS.—Entraré, abre el portón.

INÉS.—¡Que tal me aconsejes!...

Ya ves, yo...—PAZ.—No nos dejes caer en la tentación.

BLAS.—Mañana, cuando estén tu padre y tu madre en misa, me vengo aquí muy de prisa, y abres y entro.—PAZ.—Amén.

J. E.

Entre un cura y una mujer, á la que acompaña un hombre:

—Señor cura, venimos á casarnos.

—¿Habéis hecho ya el matrimonio civil?

—Sí, señor.

—Entonces, no os caso.

—¡Pero si yo me casé con uno civilmente, y ahora me arrepiento y me caso canónicamente con este otro!...

—¡Ah! Eso es otra cosa. Vamos á la sacristía.

Dos curas discuten sobre la investigación de la paternidad.

Uno de ellos dice:

—Yo me opondré siempre á ella, porque es una ley inmoral y peligrosa, —¿Por qué peligrosa?—le pregunta el otro.

—¡Qué diablitos! ¿No comprendes que muchos sacerdotes podrían de pronto verse convertidos en papas con acento en la segunda *á*?

(FOLLETÓN 68.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

cilmente se comprenderá, es muy diferente de lo otro. De aquí resulta que á aquellos católicos no se les da un comino de lo que Cristo predicara, ni lo saben, ni quieren saberlo; para ellos todo lo es el Papa; si á Cristo le gusta, bien; y si no, que no le hubiera dicho á Pedro que lo que atase ó desatase aquí abajo, atado ó desatado quedaría allá arriba. Y no les falta motivo á los que han tomado tan al pie de la letra lo del atado y la infalibilidad. Porque casi todos son ricos ó se proponen serlo, y, además de ricos ó ambiciosos, vanos; y para un hombre vano y con dinero debe ser bien triste cosa dedicar á Cristo una magnífica lámpara de oro al mismo tiempo que una pobre lavandera le enciende una humilde lámparilla, y no saber con seguridad si Cristo hace de la primera siquiera tanto caso como de la segunda. Mientras que el mejor Papa, al fin y al cabo, tiene algo de hombre, y hombre agradecido, y, sobre todo, cortés, que ha de dar las gracias, y las ha de dar, naturalmente, tanto más expresas cuanto más vistosa y valiosa sea la ofrenda que se le haga ó el servicio que se le preste. Indudablemente, eso de tener, como si dijéramos, en casa á Dios mismo, es un gran consuelo, y también un gran recurso. ¿Tiene, pues, nada de particular que los ricachos españoles, que son los que en aquella monarquía dan la nota en esta cuestión, se den á creer y hacer creer que hasta aquellos á quienes el Papa ate ó quiera atar codo con codo, así quedarán eternamente? ¿Tiene nada de particular que crean y hagan creer que cuando se declaró la infalibilidad del Papa, aunque se hizo precisamente hallándose en el solio pontificio Pío IX, que no sabía á derechas la edad que tenía (ignoraba si efectivamente nació en el año en que se supone, ó en el anterior), se estableció que él y sus sucesores habían de ser infalibles en todo, lo mismo en lo civil que en lo eclesiástico, lo mismo en lo divino que en lo humano?

¡Cuán lejos estaba de suceder esto en otros tiempos! En cuanto á lo de atar, por ejemplo, el autor de la pre-

sente historia no recuerda si lo ha leído ó lo ha soñado, pero sabe que, en los comienzos del pontificado de Alejandro VI, una vez se le desató un zapato á la Vanozza, ú otra dama igualmente amiga de aquel famoso Borgia, zapato que el galante D. Rodrigo (este era el nombre secular de dicho Papa) se apresuró á amarrar. La dama se fué, mas apenas había desaparecido de la presencia del Borgia, cuando reapareció exclamando: «Ya sabía yo que no todo lo que atéis aquí en la tierra ha de quedar atado allá en el cielo. ¡Mirad!» Y le mostraba el pie con el zapato que se había vuelto á desatar. En Roma mismo, pues, se sabía entonces que hay muchas, muchísimas cosas que los papas no tienen encargo de atar y desatar dado por Cristo.

De la infalibilidad no hay que hablar. Dios, con ser Dios, como todo lo puede, puede equivocarse; en realidad, porque así le habrá parecido bien, se ha equivocado varias veces. El Papa, aunque quisiera, no podría hacerlo. Así, el día de mañana, cuando no queden en el mundo más que frailes y monjas, si no ha llegado la hora del juicio final, y hay que repoblar el mundo, y el Papa crea entonces otro Adán y otra Eva, lo que es de éstos no hay que temer que coman del fruto prohibido, ni que echen á perder de ningún modo la paradisiaca felicidad que se les tenga reservada. Esto es clarísimo, y nada tiene de particular. Lo curioso, en cuanto á la infalibilidad papal, es la manera como fué dada á conocer urbi et orbe, y que recuerda aquel sabido caso del que presentaba un su amigo á una dama para quien él, el presentador, era completamente extraño. Porque, habiéndose reunido en concilio buen número de prelados y otras dignidades eclesiásticas, deliberaron detenidamente, y por mayoría de votos acordaron decir al mundo entero:

—He aquí la infalibilidad del Papa. Nosotros la garantizamos.

—Y la de ustedes, ¿quién la garantiza?—preguntó mucha gente.

—La nuestra no la garantiza nadie. Nosotros nos retiramos por el foro. Y así lo hicieron.

Sea como sea, en España es donde se advierte más clara y concretamente la amplitud ó variedad de estilos, por decirlo así, que tiene el catolicismo. Cuando menos, en la monarquía española es donde mejor definidos y más separados se hallan el catolicismo de los de arriba y el de los de abajo. No ya de ahora, sino

de tiempo atrás, se puede ver la religión de los unos, por ejemplo, en la Virgen de la Paz, y la de los otros en la de la Fuencisla. Tornó Alfonso VI á Toledo y se obligó con el rey moro á respetar la gran mezquita. Esto pareció muy mal á sus cortesanos, y éstos, como el monarca se hiciese el sordo á sus ruegos y protestas, se encomendaron á la Virgen, de la cual al fin obtuvieron que aquél faltase á lo pactado. De aquí nació ó salió el culto de los grandes señores á la Virgen llamada de la Paz. En cambio, una hebrea, al ser despeñada en Segovia, por adúltera, se encomendó á la Virgen, cuya imagen divisaba desde el lugar del suplicio, y cayó como en un colchón de plumas. De aquí nació ó salió el culto del pueblo á la Virgen llamada de la Fuencisla.

Como se ve, un catolicismo que atropella por todo, hasta por lo sagrado de las capitulaciones, contra quien profese otra religión, y otro que ampara á una mujer, así sea judía, y, además de judía, adúltera, en cuanto pide misericordia, no pueden ser extremos más apartados.

En lo que toca á los tiempos actuales, la separación y aun contraposición también se muestran á las claras, como el lector va á ver, ó lo ha de deducir lógica y necesariamente de lo mismo que tiene referido y publicado en un periódico de la corte una alta y piadosa dama, una dama de la misma familia real española.

Es, pues, el caso que aquí, en nuestro propio país, en Alemania, hay un santuario donde, al tenor de lo que un respetable sacerdote español dijo á la dama y otras muchas personas que á la sazón se hallaban escuchándole: «se ha oído siempre todo lo que interesa á España.» Y en prueba ó como muestra de ello recordó «que en aquel santuario se estaba diciendo una misa por los reyes (de España) en el momento mismo en que les lanzaron la bomba en Madrid el día de la boda.» No se extrañe de esto el lector que sepa á qué hora tuvo lugar aquel atentado, y añada todavía una más por lo que al Este de Madrid se halla el santuario; no se extrañe, decimos, de lo tarde que para misas le parezca, porque allí las hay á todas horas, lo mismo de día que de noche, como lo prueba el hecho de que, según el mismo sacerdote, «el milagro se había repetido hacía poco, cuando estalló otra bomba en el mismo sitio en que el agradecimiento había al-